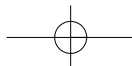
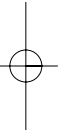
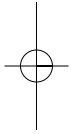


**ELOGIO DE LA
RESPONSABILIDAD**



Sergio Sinay

**ELOGIO DE LA
RESPONSABILIDAD**

Una vida que transforma
nuestros vínculos y
da sentido a nuestras vidas

 Pluma y Papel
Ediciones



Derechos exclusivos de esta edición reservados para
Ediciones Pluma y Papel de Goldfinger S.A.
A. J. Carranza 1852 (C1414COV) Buenos Aires - Argentina
Tel/Fax: (54-11) 4773-3228
info@plumaypapel.com
www.plumaypapel.com

Director Editorial: Marcelo Caballero
Coordinadora de Edición: Mónica Piacentini
Traducción: Carlos W. Villazón
Diseño de tapa: Sergio Manela
Diseño interior: m&s estudio

ISBN: 978-987-648-

Primera edición:

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

*Para Marilen por el amor, por la escucha,
por el acompañamiento y por la guía.
Para Iván, por su presencia,
por la oportunidad de amar en él
lo propio y lo diferente.
Para mi madre, por las herramientas
para vivir una vida elegida.
Para Horacio, por la confianza,
la historia y la presencia.
Para mi padre, por haberme instalado
en ese espacio nutricional, permanente
y sutil.*

AGRADECIMIENTOS

a:

MIGUEL LAMBRÉ por la fe, el entusiasmo y la comprensión inmediata de la idea.

MABEL GONZÁLEZ, hermana del alma, que, una vez más, apareció cuando era necesaria y me permitió entender, cerrar un capítulo y abrir otro

VÍKTOR FRANKL, porque lo que leí en sus libros y lo que sé de su vida lo convirtieron para mí en un Maestro sin que fuera necesario que nos conociéramos

RAM DASS que llegó, como lo hacen los maestros espirituales, en el momento preciso

CLAUDIO DESCHAMPS porque cada encuentro es la oportunidad de una reflexión fraternal, orientadora y, cuando se necesita, reparadora
Todos ellos han participado de este libro de un modo constante, presente y esencial

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
El elevado arte de responder	15
RESPONSABILIDAD Y ESTILO DE VIDA	
Hacia una ética de la coexistencia cotidiana . .	23
RESPONSABILIDAD, DERECHOS Y COMPROMISOS	
¿Por qué no la Declaración de los Deberes Humanos?	31
RESPONSABILIDAD Y ÉTICA	
Con el Otro y sólo con el Otro	39
RESPONSABILIDAD Y POLÍTICA	
La tragedia de los medios convertidos en fines	47
RESPONSABILIDAD Y LENGUAJE	
Se vive como se habla	55

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

RESPONSABILIDAD Y NEGOCIOS	
La guerra que perdemos cada día	63
RESPONSABILIDAD, CIENCIA Y TÉCNICA	
Un tren hacia ninguna parte	73
RESPONSABILIDAD Y VALORES	
La importancia de vivir con verbos y no con sustantivos	83
RESPONSABILIDAD, CONSUMO Y TRABAJO	
Ningún ser humano es una isla	91
RESPONSABILIDAD Y CULPA	
Los peligros del sube y baja	103
RESPONSABILIDAD, ÉXITO, PODER Y DINERO	
No todos los gatos son pardos	111
RESPONSABILIDAD, PATERNIDAD Y MATERNIDAD	
La autoridad que nace del amor	119
RESPONSABILIDAD Y FELICIDAD	
No es un derecho, nadie te obliga	129
RESPONSABILIDAD Y MADUREZ	
El aprendizaje de la sabiduría	137
RESPONSABILIDAD Y PERDÓN	
Errar es humano, reparar también	147
RESPONSABILIDAD Y AMOR	
Conciencia para el corazón hambriento	155

ÍNDICE

RESPONSABILIDAD Y TIEMPO	
El alma no usa reloj	163
PUNTO DE ENCUENTRO	
	173

INTRODUCCIÓN

EL ELEVADO ARTE DE RESPONDER

Quiero decirlo desde el vamos. Este es un libro escrito bajo el influjo de la indignación, del escepticismo y también, y sobre todo, de la esperanza. Desde que abro el diario de cada mañana hasta que termina cada uno de mis días, se suceden las noticias, las escenas callejeras, los diálogos en los que intervengo o las conversaciones que escucho, los actos a los que asisto o de los que participo con mayor o menor incidencia, que me recuerdan que habito un mundo y una época en los cuales la intolerancia, el fundamentalismo, el materialismo extremo, el egoísmo, la indiferencia, la violencia, la pobreza del lenguaje, la incomunicación emocional (a despecho del brutal desarrollo de las tecnologías comunicacionales), la manipulación de conciencias, de públicos y de información, el no reconoci-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

miento del otro, la depredación ambiental, y la crueldad son “valores” hegemónicos y referenciales. Por eso la indignación, por la impunidad que rodea y protege a los actos públicos y privados de individuos, de organizaciones y de naciones que se orientan por aquellos “valores” y los proclaman de un modo obscuro. Mi escepticismo nace al observar la desidia, la negligencia y el facilismo con que los seres humanos se dejan seducir por las supuestas ventajas de esos “valores” y por su persistencia en reproducirlos.

Y, finalmente, la esperanza. Porque muchas de mis vivencias personales e individuales, muchas de mis rutinas cotidianas en el mundo que habito, y de mis experiencias de trabajo con personas, me permiten también ver aquí y allá, a veces de modo imperceptible, pero cierto y constante, destellos en la oscuridad, actitudes alentadoras, seres que, con sus conductas, con el ejercicio de su responsabilidad, con su amor, señalan y nos orientan hacia otros modos posibles de vincularnos con nosotros mismos, con el prójimo, con el medio ambiente, con la totalidad.

En nuestra cultura, en la sociedad que componemos, hay muchas reacciones y pocas respuestas. Los políticos reaccionan según lo que les dicen las encuestas o las elecciones. En la calle reaccionamos si otro auto se nos adelanta. Reaccionamos cuando sentimos que se lesionó alguno de nuestros derechos. Reaccionamos cuando sentimos que vamos a perder algo o que se afecta algún interés propio. Reaccionamos, de mo-

INTRODUCCIÓN

do automático, todo el tiempo. Lo hacemos ante estímulos variados. Conveniencia o inconveniencia, ganancia o pérdida, coima o comisión, premio o castigo, multa o promoción especial. Observemos el lenguaje de la publicidad que nos atosiga desde que nos despertamos hasta que nos dormimos. Llame ya, compre ahora, reserve, venga, póngaselo, no se lo pierda, gane, mande, llegue, no espere, corra, busque, vote, diga, muestre, pague, pruebe, deje, tome. Órdenes, mandatos, estímulos. Como cobayos de laboratorio, estamos sometidos a una lluvia constante de órdenes, mandatos y estímulos. Somos manipulados para reaccionar a ellos. Y reaccionamos. Somos reaccionarios.

¿Somos también responsables? Ese es otro tema. Los cobayos reaccionan a los estímulos. ¿Son responsables? No. La palabra responsabilidad deviene del latín *responderere* (responder). Es la capacidad de responder por los propios actos, realizados en libertad y con la conciencia de que todas nuestras acciones (incluyo omisiones y silencios en este concepto) tienen consecuencias que nos afectarán, que afectarán a otros, que afectarán a nuestro entorno, al ecosistema (físico y espiritual) del que formamos parte. Repetiré esto una y otra vez a lo largo del libro, lo repetiré como un recordatorio, como una letanía, como ayuda memoria, acaso como una invocación y hay quien puede decir que como una obsesión. Desde que estamos en el mundo, vivimos entre otros seres y nada de lo que hagamos (o dejemos de hacer) quedará al margen de la trama que

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

nos vincula a ellos y a la vida. Recordar esto, registrarlo y asumirlo es abrirse a una dimensión espiritual y trascendente de la existencia. Es construir una vida responsable. Olvidarlo, despreciarlo, es convertirse en objeto de estímulos, reducirse al espacio y la función de un cobayo, hacerse reaccionario en el peor sentido del término, uno que excede incluso a la clásica acepción política.

En una época de la historia humana signada por avances científicos y tecnológicos hasta no hace mucho no imaginados o inimaginables, el retroceso de la responsabilidad, su olvido es también asombroso y preocupante. El abandono de la responsabilidad equivale, en primer lugar, el bastardeo de la propia vida. Porque la responsabilidad inicial y fundacional de cada uno de nosotros se centra en el sentido, el contenido, el significado que le daremos a nuestra existencia. De eso somos responsables, antes que nada. Esa será la responsabilidad que nos reclamará cada vez con mayor intensidad, a medida que maduremos. Se trata de un tema mayor, que exige presencia, compromiso. Es un viaje que atravesará zonas oscuras, momentos de tormenta, desvíos y extravíos. Es una experiencia que nadie puede vivir por nosotros, intransferible. Con mayor o con menor conciencia, todos lo sabemos. Quien no, lo intuye, lo sospecha. O le teme. Responder al interrogante acerca de cómo nos proponemos estar en el mundo es abocarse a algo que va más allá de una simple cuestión personal. Precisa-

INTRODUCCIÓN

mente porque todas nuestras acciones tienen consecuencias, el sentido del cual preñemos a nuestra vida, influirá en el mundo que contribuiremos a construir, a conservar o a transformar. Aunque nace en el centro esencial de cada uno de nosotros, la responsabilidad es siempre una cuestión transpersonal.

Evadir la pregunta por el sentido de la propia vida es un primer acto de irresponsabilidad. Pero, desde mi punto de vista, nadie queda eximido, por ello, de las consecuencias de sus acciones. Somos seres concientes, por lo tanto somos seres responsables. Esto no se elige. Es así. Nuestras vidas y el mundo en el que las vivimos, no son productos del azar ni del capricho de los dioses. No somos los creadores de la vida, no controlamos sus imponderables. Pero sí somos responsables de lo que hacemos con esa vida y con sus circunstancias. Por este motivo veo a la responsabilidad como un valor esencial para la especie humana, para sus vínculos, para la salud del planeta y la de todos sus seres.

Vivimos tiempos oscuros, nos rodean seres tenebrosos, individuos siniestros conducen, casi sin excepción, los países que hoy integran el planeta, personas de energía tóxica están mayoritariamente al frente de las economías, de los negocios, de la política, de casi todos los espacios sociales determinantes (con frecuencia esto abarca a la cultura, a la ciencia, a la tecnología, al deporte). La responsabilidad es, en ese escenario sombrío, una antorcha esencial. Tomémosla en nuestras manos. Quizá haya llegado el momento

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

de dejar de reaccionar para comenzar a responder. Y no hay otro lugar desde donde empezar a hacerlo que no sea el de nuestra vida cotidiana, nuestros vínculos, nuestras actividades, nuestras realizaciones. No se necesita permiso para esto. Y no hay excusas para la deserción.

El espíritu de esa invocatoria engendró a este libro. Acaso estas páginas sólo sean el germen de ideas que aún no se desarrollaron del todo en mí. Suele ocurrirme. Cuando un libro está plasmado, lo que sentía como una obra terminada se revela como el nacimiento de un rumbo a explorar. Entonces suelo descubrir que un libro es una pregunta abierta. Lo experimento cuando leo y cuando escribo. Así lo presento. Como un interrogante centrado en un tema que considero esencial y trascendente.

Elogio de la responsabilidad puede ser leído en orden cronológico o dirigiéndose de manera directa a los capítulos más conectados a las preocupaciones presentes del lector. Como los rayos de una rueda, todos los capítulos convergen en un mismo centro. De todas maneras, creo conveniente dar unos pocos datos orientadores. He ordenado los temas yendo desde los más sociales y externos a los más personales e internos. He procurado que sigan una línea que lleve desde lo más conceptual a lo más espiritual. Por ese motivo elegí iniciar el recorrido con el texto que dedico a *Responsabilidad y estilo de vida* y cerrarlo con el capítulo donde reflexiono sobre *Responsabilidad y tiempo*. De algún modo, esa secuencia se dio en mí durante la gestación

INTRODUCCIÓN

de esta obra. La cuestión de la responsabilidad se me presentó desde lo interpersonal y, a medida que me interné en ella, me encontré con que estaba explorando también, y cada vez más, un espacio espiritual.

Tengo esperanza en que las ideas y propuestas que incluyo en este libro puedan ser convertidas en herramientas de nuestra vida cotidiana y, unidas a otras, nos permitan construir existencias significativas en un mundo trascendente. Cada uno de nosotros tiene un paso efímero por esta vida y este planeta. Y tiene una herramienta poderosa para darle presencia y proyección a ese tránsito. Esa herramienta es su responsabilidad. No sabemos, al principio de nuestra existencia, a qué mundo venimos. Pero somos responsables por el que dejamos. Entre ambos extremos podemos construir un camino que mejore la marcha de los otros, de los que vendrán, de nuestros hijos, de nuestros hermanos, de nuestros amigos, de nuestros prójimos semejantes. ¿Podemos despreciar esa responsabilidad?

RESPONSABILIDAD Y ESTILO DE VIDA

HACIA UNA ÉTICA DE LA COEXISTENCIA COTIDIANA

Cada día los diarios, los noticieros, los distintos medios de comunicación nos recuerdan, para el caso de que lo olvidemos, que estamos en guerra, que, como los entrañables personajes de Tolkien en *El Señor de los Anillos*, atravesamos una edad oscura. No es necesario nombrar a Irak, a Palestina, a Afganistán para evocar la guerra. Todos, acaso sin conciencia de ello, somos soldados de innumerables batallas cotidianas. Algunas son personales, otras colectivas. Lo denotan nuestros diálogos, nuestras actitudes, las conversaciones que nos rodean.

Luchamos contra el cigarrillo, contra la obesidad, contra la pereza, contra la pobreza, contra la violencia, contra los impulsos, contra el cáncer, contra la celulitis, contra ciertos deseos y compulsiones, contra el adversario deportivo, contra el aburrimiento, contra el frío, contra el calor, contra la depresión, contra el insomnio, contra la inseguridad, contra los pensamientos negativos, contra el opositor político, contra el co-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

propietario en la reunión de consorcio, contra el competidor comercial o profesional, contra la tentación. ¿Cuántas veces por día nos ponemos en actitud de lucha? ¿Cuántas veces empleamos esta palabra? ¿Cuántas veces nos guía este concepto? Decimos: “Lucho contra mi miedo”, “Lucho contra mis fantasmas”, “Voy a pelear hasta lograrlo”. Y hasta despedimos a alguna persona querida con la frase: “Fue un luchador”. Nos preguntan ¿”Cómo estás?” Y respondemos: “Ya lo ves, en la lucha”. Por último, definimos a la vida como “una lucha”. Y, con ironía, agregamos que “es cruel y es mucha”.

Si la vida es, en efecto, una lucha, todo lo que la constituye estará atravesado por el espíritu de pelea, de confrontación, de disputa. También nuestros vínculos. Así, luchamos por un amor, peleamos para lograr que nuestros hijos crezcan en un camino recto, combatimos por enderezar una amistad, batallamos para defender a nuestra familia (aunque no siempre tengamos en claro de qué).

QUIÉN ES EL ENEMIGO

Lucha, dice el diccionario, es “la pelea entre dos, en la que, abrazándose uno al otro, procura cada cual dar con su contrario en tierra”. Se trata, entonces, de una práctica que sólo termina cuando uno se impone sobre

RESPONSABILIDAD Y ESTILO DE VIDA

otro. Convertida en un modo de encarar la vida, nos predispone a una suerte de enfrentamiento perpetuo. ¿Contra quién? Contra las circunstancias, contra el destino, contra emociones, contra ideas, contra obstáculos y, básicamente, contra otros.

El enemigo pasa a ser cualquiera que encarne, en esencia, lo diferente. Lo que no se pliega, en imagen y semejanza, a mi deseo. Una actitud, una opinión, un sentimiento, una elección, bastan para establecer diferencias y para manifestarlas. ¿Qué hacer con ellas? Nuestra vida es una vasta, rica y compleja trama de vínculos. Existimos vinculados, esa es una condición esencial del ser. Y, en tanto así ocurre, habitamos un inmenso mar de diferencias. No hay dos personas iguales, aunque compartan la misma sangre.

Ante esta evidencia podemos descalificar a lo diferente, podemos combatirlo, empeñarnos en cambiarlo para que sea semejante a nosotros. O podemos aprender de la diversidad, integrarnos con lo distinto, reconocernos como expresiones disímiles de una misma materia prima, ya sea lo familiar, lo comunitario, lo social, lo humano, lo universal o lo eterno.

En nuestras declaraciones solemos presentarnos, en general, como tolerantes y aceptadores. Es lo “correcto”, se lo observe desde donde se lo mire, ya sea desde lo moral, lo político o lo afectivo. Pero en la práctica, en la vivencia real de nuestros vínculos, con frecuencia elegimos la opción “lucha”. Luchar *contra*, luchar *para*, luchar *por*.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

CON O CONTRA

Estoy convencido que en la base de los sufrimientos, las insatisfacciones, los sinsabores, las desilusiones, las frustraciones y demás variantes del malestar existencial que tiñe a nuestros tiempos, está la precaria concepción de la vida como lucha. Es una concepción dualista, que no consigue la integración ni la armonización de lo diverso. Propone sesgar y dividir en dos: malo y bueno, amor y odio, blanco y negro, cuerpo y alma, hombre y mujer, cielo y tierra, sentimiento y pensamiento. Luego de crear la división, esta creencia insta a elegir por uno o por otro, los enfrenta. Desalienta e impide toda posibilidad de comprender a lo diferente como parte distinta y necesaria de una totalidad más vasta y trascendente.

Esta concepción nos mantiene en un estado precario de evolución de la conciencia. Nos hace ignorantes, al no enseñarnos que somos parte de un todo mayor, y más significativo, que la suma de sus partes. Nos sumerge en la angustia de percibirnos sólo como olas —siempre fugaces— y no como mar, como hojas (que duran una estación y viven angustiadas por la brevedad de su existencia) y no como árboles, como células aisladas y no como organismos integrados por ellas.

Vivimos en una cultura que dirime sus diferencias en dirección de uno u otro término (hombre versus mujer, Oriente versus Occidente, pobres versus ricos, hijos versus padres, y así hasta el infinito). Una

RESPONSABILIDAD Y ESTILO DE VIDA

cultura de competencia, de lucha, de exclusión, descalificadora de lo distinto. Para vivir en la lucha, es preciso crear, todo el tiempo y en todas partes, campos de batalla. Es necesario vivir como guerreros, matar para que no nos maten, excluir para que no nos excluyan, someter para que no nos sometan. Y, aún así, no alcanzamos la felicidad, vivimos infelices, sin encontrar un sentido esencial al hecho de existir. Esto es lo que vemos en el mundo que propone la lucha y niega las diferencias: familias en conflicto, parejas en crisis, deportistas ventajeros, ejércitos aniquiladores, negocios en los que la especulación desplaza a la misión social, políticos que anteponen la voracidad personal al bien común.

OTRA OPCIÓN

Algo gravísimo de una existencia planteada como una campaña bélica, es que, entre tantas cosas, aniquila la conciencia de responsabilidad. Una vez elegido el enemigo, se traza la línea que nos separa. Todo lo que le pertenezca o lo que conecte con él, es malo, me amenaza. Todos quienes se acercan a él son mis enemigos. En lo que va del siglo XXI un país (Estados Unidos) y un nombre (George W. Bush) sintetizan con claridad pasmosa esta anomalía de la razón, este apagón de la conciencia, este colapso de la evolución humana. Cuando

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

se vive en guerra todo está justificado, no hay responsabilidades, sólo queda la culpa. La culpa es del enemigo. Puedo depredar, destruir, romper, corromper, violar, arrasarlo, porque soy el “Bien” y la presencia del “Mal” es la culpable. Esto se ve con claridad en las ciudades masacradas, en los niños y mujeres mutilados, en los hombres torturados. Allí es evidente. En otras guerras (como las que enumeré en el inicio de este capítulo) los efectos son más sutiles, a veces más abstractos, pero nunca menos ciertos y devastadores.

Pero no es el único mundo posible. Se puede vivir de otra manera, podemos construir vínculos de cooperación, de integración. Podemos hacer de nuestras diferencias elementos de aprendizaje y de suma. Vivir con otros, entre otros, es el arte de armonizar las diferencias. Es el ejercicio cotidiano, constante y conciente de la responsabilidad. Ya no se trata de una simple declaración de principios. Hoy esto es una condición de supervivencia, de superación, de trascendencia. Hoy somos deudores de una materia fundacional: se llama integración de las diferencias. No hay amor posible si no se fundamenta en esto. Empezar a trabajar en ello, aprenderlo a través de experiencias y de vivencias, aplicarlo a la vida de cada día, al encuentro de cada instante con el amado con la amada, con el hijo y la hija, con el amigo, con el adversario, con el proveedor, con el cliente, con el vecino, con el copropietario, con el convecino, con el congénere, es una prioridad.

RESPONSABILIDAD Y ESTILO DE VIDA

Es necesario crear espacios de aprendizaje y habitarlos. Hay formas de aprender y aplicar esto. Urge que nos dediquemos a aprender esas formas, a desarrollarlas, a transmitir las, a compartirlas. Edward Said, un lúcido intelectual palestino, decía: “Debemos dedicarnos, sobre todo, a crear campos de comprensión en lugar de campos de batalla”. Los campos de comprensión son aquellos en donde la responsabilidad, asumida, honrada y celebrada se plasma como materia prima de la vida.

Tiziano Terziani, un hombre sabio, que durante años trabajó como periodista y hoy habita en la India, desde donde milita contra la guerra, recuerda que “la armonía, como la belleza, está en el equilibrio de los opuestos, y la idea de eliminar uno de los dos es sencillamente sacrílega”. Y propone reemplazar “la lógica de la competitividad por la ética de la existencia”. Terziani es autor de un libro bello, profundo e imprescindible: *Cartas contra la guerra*. Una pequeña joya, de esas que a cada tanto alumbrar el alma humana. Allí escribe: “Sólo si conseguimos ver al universo como un todo en el que cada parte refleja la totalidad y en el que la gran belleza está en su diversidad, comenzaremos a entender quiénes somos y en dónde estamos”. ¿Qué más agregar? Comencemos. Comencemos por donde cada uno pueda. Al tejer un vínculo responsable con el prójimo (iniciándolo con el más próximo) nos constituimos en genitores de una ética de la coexistencia.

RESPONSABILIDAD, DERECHOS Y COMPROMISOS

¿POR QUÉ NO LA DECLARACIÓN DE LOS
DEBERES HUMANOS?*

Quizá dentro de algunas centurias cause asombro que al promediar el siglo XX los países que componían las Naciones Unidas, es decir la mayoría de los estados del planeta, hubiesen tenido que firmar una Declaración de los Derechos Humanos. Ese documento, aprobado el 10 de diciembre de 1948, proclama los derechos civiles, económicos, sociales y políticos de “todos los miembros de la familia humana”.

Acaso los humanos de ese futuro hipotético se pregunten cómo fue que tuvieron que transcurrir casi dos mil años de civilización cristiana y occidental, y muchos más de otras culturas, para que las personas tuvieran que recordarse así mismas y entre ellas que, el

* Una versión abreviada de este capítulo fue publicada en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, el 31 de siembre de 2004.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

sólo hecho de nacer como tales las hacía tenedoras de una serie de prerrogativas inherentes a su condición y, todas ellas, vinculadas con la dignidad, la compasión, el respeto, la aceptación, la solidaridad. Con el concepto mismo de vida, en fin.

¿Cómo fue que la especie sobrevivió durante tanto tiempo olvidando estas cuestiones que, en verdad, hacen a la razón y a la posibilidad misma de su existencia?, se preguntarán nuestros sucesores. Sin duda, tendrán razones para ese desconcierto. Un desconcierto que bien podríamos compartir desde el presente.

De alguna manera los adultos de hoy, quienes ya atravesamos la línea media de la vida, somos la primera generación de nuestra especie que vivió bajo la cobertura de una Declaración de Derechos Humanos. Y con la fuerza exponencial con que se desarrollan ciertos fenómenos sociales, aun cuando hace apenas medio siglo que esa Declaración existe, la noción de los derechos ha enraizado profundamente en nuestro lenguaje y en nuestras conductas.

LO QUE NO SE DISCUTE

Aunque el siglo XX haya sido declarado el siglo de los Derechos Humanos, es en estos primeros años del XXI cuando la reivindicación de los mismos parece cobrar una potencia y una perseverancia confirmatorias. Ya

RESPONSABILIDAD, DERECHOS Y COMPROMISOS

no nos caben dudas de que ciertos derechos son indiscutibles, básicos e inherentes a cada miembro de la especie por el sólo hecho de existir.

Esto se ve en el mundo y se vive de manera palpable en nuestra propia vida cotidiana. El trabajo, la alimentación, el voto, la educación, la salud, el salario, la antigüedad, la indemnización, la identidad de género, la sexualidad, la identidad, la paternidad, el propio origen familiar, la información en todos los campos y en todas las formas, la libertad, el libre desplazamiento y un número creciente e indeterminado de tópicos son invocados, con razón, como materia de derechos. Y cuando no hay una argumentación concreta para cierta reivindicación, se demanda, en último caso, el *derecho al pataleo*. Quizá su nombre más técnico y elegante sea el derecho a tener derechos.

Asombra, de veras, la cantidad de derechos que pueden ser exhortados. Asombra, también, que durante tanto tiempo y en tantas sociedades (en muchas, lamentablemente, aún hoy) no hayan sido considerados, nombrados, exigidos ni, mucho menos, respetados. Asombra, e indigna, que haya hoy gobernantes, terratenientes, gerentes y directores de grandes y pequeñas empresas, policías, militares, ciudadanos comunes en diferentes funciones de sus vidas cotidianas para quienes muchos de esos derechos de sus gobernados, empleados, asalariados, labriegos, ciudadanos o conciudadanos no merecen ser respetados. Y, sin embargo, hay en esta cuestión un aspecto paradójico e

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

inquietante. Por una parte, la reivindicación y defensa de los derechos humanos, nos conecta con nuestra condición humana, precisamente y con la dignidad de esta condición. Por otro lado, la manera en que dicha reivindicación tiende cada vez más a expresarse, las vías que con frecuencia se eligen para el reclamo nos disocian de un aspecto esencial de lo humano.

Quizá la conciencia humana habrá alcanzado su más alto grado de expansión y de expresión, cuando cada uno de nosotros pueda sentirse parte de un todo antes que un todo aislado entre otros. Cuando la hoja de un árbol cae, en el otoño, el árbol permanece. Sin la hoja el árbol no habría sido el que es. Al morir la hoja, cesa una forma del árbol, no el árbol. ¿Qué es el árbol? ¿Su tronco, sus ramas, sus hojas, sus raíces? Es cada una esas cosas. Es todas. No es ninguna de ellas. Es el conjunto que componen. Es imposible que una de todas esas partes se vea afectada sin que sea el árbol el perjudicado. Cuando una hoja enferma, el árbol está enfermo. Cuando un fruto se gesta, es el árbol el que brota. El vigor llega desde sus raíces, cuando el árbol es debilitado ellas mueren.

El árbol no necesita aprender esto. Está en su semilla. Justamente porque es una sabiduría inherente a su naturaleza, jamás una hoja conspira contra el árbol en nombre de su derecho al verdor perenne. Ni un tronco se desentiende de las ramas en nombre de su derecho a no ser cargado. Ni una raíz se desprende del resto, por su derecho a enterrarse a gusto. Hay una sapiencia,

RESPONSABILIDAD, DERECHOS Y COMPROMISOS

por llamarla así, secreta, natural que hace a la armonía del árbol. Cada una de sus partes es el todo y el todo es más que la suma de las partes.

En nuestros días y en nuestra sociedad, se percibe una tendencia creciente a invocar derechos como los derechos de una parte desinteresada del todo. Hay un creciente desinterés por cómo afecta esa invocación, según los medios que se utilicen para ella, sobre el resto del cuerpo social o de la comunidad humana. Los derechos de parte empiezan a prevalecer sobre los derechos del todo bajo la creencia de que, en el árbol de nuestra sociedad, los derechos de la rama que reclama son más importantes y prioritarios que los de los demás gajos del mismo árbol y de que, si para lograr la reivindicación, otros brotes, la raíz o el mismo tronco se ven perjudicados, poco importa. A la hoja no le importa la rama, a la rama no le importa el tronco. Este modelo se ha instalado sin prisa y sin pausa en nuestras interacciones.

DE LA SABIDURÍA A LA IGNORANCIA

Lo que en el árbol de la Naturaleza es sabiduría, en el árbol social es ignorancia. Cunde con inquietante facilidad, y es estimulada con colaboración mediática de diversos tipos, la idea de que se puede ser una hoja sana en un follaje enfermo. Las ciudades son paralizadas

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

por quienes reclaman sus derechos negando los de otros (a viajar, a comunicarse, a trabajar, a llegar a tiempo a un hospital, a parir, a encontrarse con la familia). En esta encrucijada de derechos encontrados, los gobernantes se definen, por sus actos, a favor de quienes representan más votos, no mejores razones. El tronco gobernante tronco gobierno, se cree parte de otro árbol. Un grupo de ciudadanos que invocan un derecho queman basura, polucionan la ciudad, enferman a sus habitantes. No creen que son partes del mismo árbol, no sienten que respiran el mismo aire envenenado, no piensan que la asfixia afecta al árbol. Sólo se miran como rama. Ciclistas o motociclistas protestan. Quieren más espacios para circular, mejor trato en la calle. Tienen ese derecho. Como lo tienen. peatones a no ser atropellados en la vereda por ciclistas y motociclistas que circulan impunes por allí, y como los tienen los conductores a no enfrentarse a cada metro con ciclistas y motociclistas que marchan de contramano, sin luces, sin señales. Hay gente que reclama, con justicia, por una ciudad más limpia, pero no se agacha a levantar la caca de su perro. Muchos de quienes reclaman derechos concretos y reales conducen luego sus coches por las autopistas, calles y rutas a velocidades que exceden todos los límites. Me ha tocado viajar en sus vehículos y escuchar sus reclamos. No soy el único, por supuesto.

Esto se multiplica hasta el infinito en la vida diaria de una sociedad donde la invocación de la palabra derecho parece habilitar cualquier conducta y cualquier

RESPONSABILIDAD, DERECHOS Y COMPROMISOS

método. Pero ocurre que esa palabra forma parte de un árbol en el cual florecen, también, los deberes.

El momento en el que se corre detrás de los derechos olvidando que por cada uno de ellos hay un deber, o más, es un momento trágico. ¿De quién se pide, en definitiva, el respeto de los derechos que invocamos? De los demás. ¿Con quién tenemos deberes? Con los demás. Ese es, si se quiere, el costo del beneficio de vivir entre otros seres humanos. Que es, por otra parte, el único modo en que un ser humano puede vivir y trascender.

Jean Daniel, un maestro del periodismo y del pensamiento contemporáneo, fundador de *Le Nouvel Observateur* y compañero de ideas y experiencias de Albert Camus, decía hace poco, a sus lúcidos y vigentes 84 años, que, en una sociedad democrática, los ciudadanos tienen más deberes que derechos y que recordarlo es lo que puede garantizar el desarrollo y la supervivencia de esa sociedad. Por su parte, el filósofo y novelista Jostein Gardner, reflexionaba, también recientemente, sobre el siguiente punto. Así como el siglo XX, decía, fue el de los Derechos Humanos, ¿no debería ser el siglo XXI aquel en el cual se proclame la Declaración de los Deberes Humanos? Acaso sea éste el momento de pensarlo y de actuar, comenzando para ello en nuestro propio entorno, en nuestro propio ámbito, en nuestros propios vínculos. En nuestro propio árbol. Si ello fuera posible, acaso habremos comenzado a vivir en la Era de la Responsabilidad. Amén.

RESPONSABILIDAD Y ÉTICA

CON EL OTRO Y SÓLO CON EL OTRO

Mi ética me lo impide. Si tuvieras ética no lo harías. No lo considero ético. ¿Cuál es tu sentido de la ética? Ese tipo carece de toda ética. La ética de los políticos. La ética en el deporte. La ética en los negocios. Ética por aquí, ética por allí y, al final, ética por ningún lado. Cuando un banco, un abogado, una marca, un candidato, quieren que los elijas invocan generalmente su ética. ¿Sabes cuál es? ¿Lo saben ellos? ¿Saben de qué hablan cuando enuncian esta palabra? ¿Lo sé yo cuando los escucho? Sé de intelectuales, muy críticos de la sociedad en que vivimos, que cobran prebendas, como las jubilaciones de privilegio, que se pagan con dineros públicos. Sé de empresarios que reclaman ética en los negocios y evaden impuestos o no legalizan a sus trabajadores. Sé de comunicadores que piden a los gritos una sociedad más ética mientras construyen cada día noticias falsas o tendenciosas. Sé de médicos que han

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

hecho su juramento hipocrático pero a la hora de recibir dádivas de la industria farmacéutica prefieren ser serviciales con ésta antes que con sus pacientes. Sé de abogados que estudiaron los fundamentos del derecho sólo para violarlos, falsear pruebas, pagar sobornos u ocultar datos en nombre de la defensa de asesinos, ladrones y criminales. Sé de padres que educan a sus hijos sobre la base de mentiras y se enojan con éstos y los castigan cuando los hijos mienten. Sé de políticos que se llenan la boca con la palabra pueblo y hasta lucen lágrimas de glicerina al pronunciarla y roban a la luz del día las pertenencias de esa entelequia a la que nombran o se niegan a revelar el origen de sus súbitas fortunas. Sé de sindicalistas que invocan la ética del trabajo y la solidaridad mientras se embolsan los aportes de sus representados o venden a éstos al mejor postor. Sé de quienes se santiguan en nombre de una religión sólo para usarla a ella y al dios loado en beneficio propio mientras violan cada mandamiento. Sé de personas que ponen como ejemplo de amor y de fidelidad a sus matrimonios mientras son adúlteros seriales. Sé de quienes, en tanto invocan la amistad e hinchan sus pechos con su eco, olvidan o traicionan a sus amigos. Hay hombres que dirigen naciones poderosas y creen fanáticamente que es ético invadir otros países y masacrar a sus habitantes para liberarlos de los demonios que sólo habitan en sus malas conciencias de invasores. La lista de mis ejemplos podría seguir hasta el hartazgo (ya me agobia esta breve enumeración). No son modelos que sólo

RESPONSABILIDAD Y ÉTICA

lo yo conozco, por supuesto. Todos sabemos, todos conocemos. En caso de que preguntáramos a los sujetos de esta serie si creen que la ética es importante, estoy convencido de que casi todos dirían que sí. Y hasta sería posible que se ofendieran por la impertinencia de la pregunta. Y, en su cinismo, incluso podrían argumentar que todo lo legal es ético.

En nuestros días, en nuestra sociedad, con frecuencia me temo que la ética no es más que una etiqueta. Un marbete, una estampilla que se pone en un envase vacío, en un sobre sin contenido y sin destinatario. ¿Qué cosas faltan de manera clamorosa en el mundo que habitamos? Paz, alimentos para todos, justicia, libertad para todos, salud. Desde mi punto de vista la madre de estas y otras carencias es la ausencia de ética.

DIFERENCIAS QUE ASEMEJAN

Creo en la ética como en la facultad de registrar al otro, al prójimo, de aceptarlo como a alguien diferente de mí pero hecho de la misma materia prima, hecho de la argamasa de cuerpo, mente, alma y espíritu que nos convierte en humanos. Creo que la ética empieza a hacerse presente cuando un individuo de nuestra especie percibe al otro como a un semejante diferente. Nunca dos palabras en apariencia tan opuestas resultan tan complementarias, funcionales y necesarias la una a la

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

otra. Mi semejante es diferente de mí. Nuestras diferencias nos convierten en semejantes. En la medida en que veo, escucho y percibo al otro, descubro la diversidad, es decir registro cómo se manifiestan en él aquellos elementos humanos que me constituyen a mí. Empiezo a entender que somos diferentes olas de un mismo mar, que más allá de nuestras formas, de nuestros colores, de nuestra ubicación, de nuestra extensión, de nuestra altura y de nuestra duración como olas, somos, en definitiva, partes indivisibles de ese mar. Estamos hechos de la misma agua. Lo que afecta al agua me afecta. Lo que me afecta, afecta al agua.

No puede haber ética sin la existencia del Otro, de mi prójimo, de mi semejante. No existe la ética en donde una ola se vive como ajena al mar. En ese mismo instante empieza la degradación del océano. Si cada uno de nosotros es una ola y el mundo que habitamos es el mar, ahora es posible entender, quizá, la dramática depredación de este mundo, sus niveles de devastación causada por el hombre, su iniquidad y su injusticia.

La ética no está por encima de los individuos. Es, pienso, resultado del modo en que se tejen las relaciones interpersonales. Cuando éstas se construyen con aceptación, respeto y registro habitaremos en una comunidad humana ética. Se trata de proponer y usar herramientas para la transformación y la fecundidad en el día a día, en el cuerpo a cuerpo, en el cara a cara de los vínculos humanos. Es allí en donde la ausencia de ética es como un agujero negro capaz de tragarse cada día

RESPONSABILIDAD Y ÉTICA

millones de sueños, de esperanzas, de actitudes amorosas y, en fin, de vidas. Hoy y aquí, esto duele, asusta y desespera.

A esta altura de la reflexión podríamos regresar al párrafo inicial de este texto y responder a la siguiente pregunta: ¿En cuál de todos los casos enumerados, el Otro, el semejante, el prójimo es tomado en cuenta como tal, aceptado como tal, respetado como tal? Cada una de las situaciones mencionadas es un ejemplo de relaciones humanas en las cuales alguien toma al otro o a los otros como objeto. Como simples herramientas o instrumentos de un plan, de una ambición, de una especulación propia. Son relaciones de manipulación. Abundan en nuestra cultura. Están a la orden del día. Así nos venden automóviles, guerras, artefactos de todo tipo y pelaje, así nos venden necesidades que no tenemos de verdad y una satisfacción que no es tal. Así se forjan vínculos de pareja, de amistad, de padres e hijos.

FLORES EN EL DESIERTO

Cada uno de nosotros puede, sin embargo, observar en su entorno y encontrar personas éticas que crean vínculos éticos, relaciones en las que el Otro es tomado en cuenta y honrado como un diferente. Personas capaces de crear lazos entre sujetos, antes que relaciones sujeto objeto. He podido comprobar que estas per-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

sonas no declaman su ética, simplemente la actúan, hacen de ella la materia prima esencial de los vínculos que establecen. Estos individuos pueden ser médicos o terapeutas que, de veras, contemplan a sus pacientes y consultantes como a personas, no como a casos o enfermedades. Pueden ser abogados que defienden, a veces sin fines de lucro, la causa de los olvidados por la justicia. Pueden ser padres que guían y honran a sus hijos considerándolos, desde su misma concepción, como seres con una vida propia. Pueden ser cónyuges que enaltecen su vínculo en actos cotidianos, simples y pequeños, de mutua aceptación y nutrición amorosa. Pueden ser funcionarios menores que comprenden que están en donde están para brindar un servicio a quienes lo necesitan y, sencillamente, lo hacen sin negligencias, ni mala voluntad ni miserables ejercicios de poder, sin corromperse. Pueden ser personas que aman su trabajo o su arte y se enorgullecen de ejercerlo.

Estos seres existen, y en buena cantidad. No son santos, no están iluminados. Están contruidos del mismo material que los venales, de los corruptos, de los genocidas, de los egoístas, de los mentirosos, de los autoritarios, de los arbitrarios, de los injustos, de los, llamémosles así, no éticos. Sólo que, con el mismo material y el mismo instrumental básico, hacen elecciones distintas, toman decisiones diferentes, realizan un ejercicio diametralmente opuesto de su responsabilidad. Repetiré en este punto algo que siempre es oportuno recordar. Somos siempre responsables. Siempre. Y lo

RESPONSABILIDAD Y ÉTICA

somos porque nuestros actos tienen siempre consecuencias. El que pega, el que acaricia y el que no hace nada generan consecuencias. Como el corruptor y el corrompido. Como el oprimido y el opresor. Los seres humanos estamos siempre vinculados. El sólo hecho de que, apenas al nacer o aún antes, recibamos un nombre nos señala un destino de vinculación. Seremos nombrados. Por otros, entre otros. Seremos un diferente entre semejantes, alguien cuya compleja gama de diferencias y singularidades será designada por ese nombre propio. Todos tenemos nombre. Los altos y los bajos, los ricos y los pobres, los creyentes y los agnósticos, los honestos y los corruptos, los asesinos y las víctimas. Y ninguno existe desvinculado.

Sólo podemos empezar a hablar de ética cuando, en estos vínculos, se instala y se impone la conciencia de la existencia del Otro como prójimo, como semejante, como ola del mismo mar. Repitámoslo una y mil veces. Esa conciencia ilumina al Otro y nos impulsa a construir con él un vínculo de sujeto a sujeto. El Otro pasará a ser un fin y no un medio, alguien que vale por su sola existencia, tan sagrada como la mía.

En ese nivel de conciencia florece la ética tal como la concibo. Si volvemos una vez más a la lista inicial de este texto y la comparamos luego con la de aquellas personas que llevan vidas y relaciones éticas, aparecerá una diferencia fundamental. Los de la primera lista verbalizan la ética, la declaman, la vacían de significado, la mancillan. Los éticos genuinos raramente se pro-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

claman éticos: actúan con ética, hacen del verbo una acción. Preñan a la palabra, sin pronunciarla, de un contenido trascendente. Los no éticos son responsables de la degradación de la vida en todas sus manifestaciones. Los éticos la ennoblecen, la iluminan con la luz del sentido.

Queda claro, a mi entender, que la ética no es una abstracción que nos sobrevuela y se evapora como una nube, que no es una simple idea desmaterializada. La ética es algo concreto, un recurso en la vida, algo que se palpa, que se construye, que se experimenta en nuestros vínculos de cada día. Con el vecino, con el amigo, con el amado, con la amada, con el hijo, con los padres, con el proveedor, con el cliente, con el paciente, con el consultante, con el votante, con el creyente, con el servidor, con el servido, con el adversario deportivo, con el oponente político, con el asesor, con el asesorado. Como todos existimos en una red infinita de vínculos, cada uno, desde su punto en esa red, puede seguir alimentando esta enumeración. La ética es, pues, una oportunidad cotidiana. Y una necesidad impostergable.

RESPONSABILIDAD Y POLÍTICA

LA TRAGEDIA DE LOS MEDIOS
CONVERTIDOS EN FINES

Convivo con una antigua fantasía. Me imagino sentado ante un presidente, un ministro o un político en cualquier etapa de su carrera. Estamos solos, no nos debemos a ningún público, nada de lo que hablemos saldrá de esas cuatro paredes que nos rodean, el diálogo es absolutamente privado. Entonces le haría esta pregunta: *¿Para qué se dedicó a la política y para qué continúa hoy en ella?* Mi único requisito, previo a la respuesta, sería la total y completa sinceridad, juramentada aunque sólo fuera por una vez en la vida, del interrogado. Sé que mi pretensión suena ingenua, pero me permito sostenerla.

Por supuesto, he imaginado sus posibles respuestas. “Para mejorar el mundo en que vivimos”. “Para ser fiel a mis ideales”. Para servir a la sociedad”. “Para transformar las condiciones de vida de los menos favo-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

recidos”. “Para resguardar los principios de la libertad”. Y muchas más por el estilo. Está claro que no puedo dejar de imaginar a un político hablando como político, aún en condiciones de privacidad absoluta y de sinceridad completa, como las que se garantizan en mi fantasía. Porque, a la luz de la realidad conocida, una respuesta de veras sincera sería: “Para gozar del poder y sus privilegios”. O: “Para hacer buenos negocios para mí”. O: “Para ganar dinero abundante y fácil con el esfuerzo de otros”. O: “Para acomodar las leyes a mis necesidades personales y de grupo”. O: “Para sentir la sensación de la impunidad”. O: “Para imponer mis creencias a toda una sociedad bajo la forma de leyes y decretos”. O: “Para usufructuar en forma personal los recursos de una sociedad entera”.

La primera serie de respuestas no es, siquiera, producto de mi imaginación sino de mi memoria o de mi oído. Frases de ese tipo, tan almidonadas, tan huecas, tan cínicas, las he escuchado a lo largo de mi vida de boca de cientos de políticos, gobernantes y funcionarios de todo pelaje: derecha, izquierda, centro, civiles, militares, de carrera u oportunistas. A las respuestas de la segunda serie jamás las escuché y descreo de llegar a hacerlo, al menos de boca de un político real, de carne y hueso. Acaso sí en el cine, en la literatura o en el teatro, en esos ramalazos de cruda introspección que suelen tener algunos personajes de ficción.

Sin embargo, aunque nunca dichas, las respuestas de la segunda serie son las que describen las acciones de los

RESPONSABILIDAD Y POLÍTICA

políticos. Las primeras respuestas remiten al *decir* y las segundas al *hacer* de los políticos. La brecha, más que eso un verdadero cisma o precipicio, que se abre entre el discurso y la acción marca el grado de la irresponsabilidad que caracteriza a estos seres humanos.

EL OTRO IGNORADO

“A los políticos les interesa el poder por el poder mismo”, escribió hace más de un siglo Federico Nietzsche. Ni antes de eso, ni en todo el tiempo que transcurrió después, los aludidos han podido desmentir con actos al filósofo alemán. La política, sin embargo, bien podría describirse como una actividad destinada a potenciar y articular los recursos humanos, físicos y espirituales de una sociedad, armonizando sus diferencias e integrándolas en beneficio del bien común, con un propósito trascendente para el cuerpo social y para cada uno de los individuos que lo compone.

En esta definición cada persona es considerada como un sujeto valioso en sí. Es un fin en sí mismo y, a un tiempo, se convierte en célula valiosa e irremplazable de un todo que lo comprende y lo trasciende. Por el contrario, en los usos y costumbres de los políticos (estén o no en el poder) las personas son objetos de uso, instrumentos al servicio de fines ideológicos o materiales propios, llámense conquista, acumulación o usur-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

pación de riqueza, de espacios de poder, de territorios. Así, para los políticos, según fuere el lugar del tablero que ocupen, los otros son soldados cuyas vidas se queman en trincheras lejanas que ellos no pisan, o son muertos sin nombre, sin edad, sin sexo, sin féretro, sin derechos (por poner un solo ejemplo, no olvidemos a George W. Bush, un genocida fundamentalista que escapó fraudulentamente de sus propias obligaciones como soldado). O son votantes a los cuales hay que adular con promesas que serán volatilizadas ni bien dejen de ser necesarios, ya sea porque está obtenida la victoria o la derrota electoral. O son contribuyentes, que deben aportar al fisco del cual ellos, los políticos gobernantes, tomarán ventajas y riquezas. O son estadísticas, que mostrarán, ocultarán o manipularán a su antojo de acuerdo con diferentes necesidades o prioridades.

Quizá las palabras de Nietzsche sean hoy insuficientes para definir la actividad de los políticos. No sólo les interesa el poder por el poder. En verdad aspiran al poder como una herramienta que les permita cumplir cualquiera (o todos) de los designios que describí en párrafos anteriores. Porque el poder, en sí, no es nada o es inabarcable. ¿Cuándo se está seguro de tener el poder, cuánto poder es suficiente, cómo se está seguro de tenerlo? Una cosa es el poder *en sí* y otra el poder *para*. El poder *en sí* es una entelequia, el poder *para*, se trata de una herramienta que posibilita realizaciones. La calidad, el contenido, el propósito de las realizacio-

RESPONSABILIDAD Y POLÍTICA

nes determina la calidad, los contenidos, la valorización del poder que las hace posibles. No es lo mismo poder enriquecerme que poder mejorar la vida de mis semejantes, no es lo mismo poder eliminar a los que son diferentes de mí y no piensan como yo que poder construir un espacio en el cual nuestras diferencias se complementen, se integren y nos enriquezcan a ambos.

No está mal aspirar al poder. Sólo que cuando se convierte en un fin en sí mismo, habilita al uso de cualquier medio. Cuando el fin no es el otro, el otro pasa a ser un medio. Cuando el otro es un medio, desaparecen la ética, la solidaridad, la empatía y también la responsabilidad entendida como un valor.

Es que cuando no tengo noción y conciencia del otro, pierdo la noción y la conciencia de mí mismo como parte de un todo. Cuando soy ciego, sordo e indiferente a la existencia del otro, ignoro que cada uno de mis actos, de mis acciones y de mis omisiones, de mis decisiones e indecisiones, de mis directivas y de mis obediencias, de mis elecciones y de mis descartes, de mis palabras y de mis silencios, tienen consecuencias. Esas consecuencias afectan a otro, y lo afectan siempre, aunque yo no lo vea, no lo oiga o me resulte indiferente. Y afectan al medio ambiente en el que ambos (yo y el otro, cada otro) desplegamos nuestras existencias.

MALES INNECESARIOS

Tomar noción del otro es tomar noción de la historia (con y sin H) que compartimos, de la geografía que nos es común (la local y la planetaria), de la materia prima (emociones, necesidades, potencialidades, carne, músculo, sentimientos) de la que estamos hechos. El desarrollo de mi conciencia del otro es, pues, el desarrollo de mi propia conciencia. La conciencia nos hace humanos y es ingrediente esencial de la responsabilidad. Un grado superior de nuestro desarrollo como individuos de la especie se da cuando asumimos nuestra responsabilidad de un modo conciente, y actuamos acordes con ello. Cuando escapamos a nuestra responsabilidad, escapamos a nuestra humanidad. En su práctica, en la de todos los días, en la que los define y de la cual somos destinatarios, perjudicados u objetos, los políticos desertan diariamente de su humana responsabilidad.

¿Es ésa la única manera de ejercer la política? Si releemos la definición que di anteriormente de lo que considero como política, la respuesta es no. Es el modelo político que se ha instalado en nuestra civilización. Quienes lo ejercen intentan hacernos creer que es el único y, como suele ocurrir cuando se instalan los modelos únicos, su resultado es trágico. La política no es sucia, ni destructiva, ni vil, ni deshumanizada. Los políticos son, en su lamentable gran mayoría, irresponsables y punibles por su irresponsabilidad. No son un mal necesario. Son innecesarios e insalubres.

Dicho esto, cabe recordar algo más, no en defensa de los políticos sino para rescatar la noción de responsabilidad. Los políticos no son seres extraterrestres que un día descendieron de una nave espacial y se apoderaron de este planeta. Son humanos y, en tanto tales, resultan emergentes de la sociedad en la que actúan. Los políticos llevan a su grado más extremo y acaso más despreciable y obsceno (por las consecuencias que producen, por las áreas a las que afectan) un modelo de vínculo entre las personas. Cuando los culpamos al punto en que parece que no pertenecieran a nuestra especie, nos desligamos de la responsabilidad sobre nuestras propias acciones y de nuestro propio rol y función en la vida cotidiana. Esa vida, en nuestras sociedades, está regida hoy por un modelo hegemónico que no valoriza al otro como tal, que minimiza el respeto al semejante por el sólo hecho de serlo, que olvida la idea de que la sociedad es un todo y la de nuestra función como parte de ese todo, que privilegia y sobrevalora la satisfacción de los propios deseos por encima de las necesidades de los otros. Las relaciones de uso entre las personas prevalecen por sobre las relaciones de empatía y solidaridad. Vivimos en sociedades poco o nada solidarias (hablo de las sociedades, no de las excepciones individuales u organizacionales), depredadoras en lo físico, en lo ambiental y en lo emocional, espiritual y personal, vivimos en sociedades donde la espiritualidad se nombra fácilmente y se ejerce excepcionalmente. Los políticos nacen, se amamantan, se forman, cre-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

cen y practican en esas sociedades. Para que ellos cambien, deberán cambiar, y mucho, los cuerpos sociales que los producen y los nutren. Y esta es una tarea cotidiana, impostergable de cada individuo. Verse a sí mismo como parte responsable de un todo, integrar al otro como parte diferente y complementaria de ese organismo, vivir de acuerdo con esa visión la vida y los vínculos de cada día, es una manera de empezar a cambiar la política aún cuando no nos dediquemos a ella. Porque, en cierto modo, somos responsables de los políticos que sufrimos. Ellos son, también, parte del todo.

La política, así como es ejercida hoy, resulta tóxica para la especie y para su organización social. En un mundo en el que la responsabilidad sea un valor indeclinable y su enseñanza a través de las acciones, una prioridad, la política será un arte y una ciencia humanista.

Estoy convencido de que si mi fantasía se cumpliera y me viera a solas con aquel gobernante, político o funcionario y le dijera todo esto, él no tendría la menor idea acerca de qué le estoy hablando.

RESPONSABILIDAD Y LENGUAJE

SE VIVE COMO SE HABLA

Un poema de Mahatma Ghandi comienza con estos versos: *Cuida tus pensamientos, porque se volverán palabras**. A la inversa, se podría advertir: Cuida tus palabras, porque revelan tus pensamientos. Más que eso, las palabras transparentan valores, sentimientos, visiones del mundo y de la vida. Las palabras nos permiten trascender de la conducta instintiva y automática hacia la simbolización. El único ser viviente que puede simbolizar es el hombre. Eso es la literatura, el arte, la conversación. Partimos de impulsos y, gracias a nuestra capacidad de simbolizar y al lenguaje (los lenguajes) creamos un mundo o miles. La palabra es la esencia viva de nuestra comunicación: la necesitamos

* Agradezco a mis amigos Mercé Conangla y Jaume Soler su libro *Aplicate el cuento*, que me permitió conocer este poema y otros bellos y necesarios textos.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

los escritores, los periodistas, los políticos, los dramaturgos, los cantantes, los médicos, los psicoterapeutas, los científicos, los tecnócratas, los economistas, los deportistas, cada ser humano anónimo se vale de ella en sus interacciones diarias. Sólo la existencia de la palabra nos permite gozar de bellos y profundos silencios. El planeta entero es, en el espacio infinito, una esfera azul y susurrante. Con seguridad, en el silencio del universo es posible escuchar el sonido incesante de las voces de miles de millones de personas. Expresiones de amor y de odio, súplicas y órdenes, poemas y edictos, manifestaciones de dolor y de agradecimiento, oraciones e insultos, ideas y sentimientos, esas voces dan formas de cientos de maneras a las palabras, las articulan en múltiples idiomas, construyen el lenguaje. Luego éste se consagra en la escritura.

Aún quienes descreen de la palabra, porque la encuentran pobre o temen a su polisemia, aún quienes pugnan por *deconstruir* el lenguaje, aún quienes prescinden de ella para manifestarse, sin ser concientes de esto, sin saberlo o sin admitirlo, necesitan pensar para encontrar sus vías alternativas de expresión, y esos pensamientos se tejen con palabras, en este caso silenciosas, siempre omnipresentes.

RESPONSABILIDAD Y LENGUAJE

DIME CÓMO HABLAS

A la luz de estas premisas bastaría con escuchar cómo hablan las personas, o leer como escriben, para vislumbrar aspectos significativos de ellas. Cuando digo escuchar y leer, apelo al ejercicio alerta, conciente y responsable de estos verbos. No se trata de prestar simplemente los oídos o de dejar resbalar los ojos por los textos, sino de capturar la esencia de cada palabra, sus modulaciones y su ubicación en un texto o un parlamento. Se trata de abrirse a las palabras, de establecer con ellas un contacto real. A esto llamo escucha, habla, lectura o escritura concientes y responsables.

Somos seres comunicados y comunicantes, seres vinculados por la palabra, seres escribientes y parlantes. La palabra es inherente a nuestra existencia. Un trato responsable de ella es mucho más que sofisticación o lujo superficial. Es una actitud ante la vida.

Según se dijo en el III Congreso Internacional de la Lengua Española, efectuado en Rosario, Argentina, en noviembre de 2004, el castellano cuenta con 84 mil vocablos, de los cuales hoy se usan apenas mil. Si las palabras son pensamientos, o los traducen, o los organizan, esa pavorosa noticia estaría hablando de la miserable pobreza de los pensamientos, del paupérrimo estado de las ideas entre quienes usamos esta lengua. *Cuida tus pensamientos, porque se volverán palabras.* ¿Tan pocos pensamientos quedan en el territorio de los hispano parlantes, tan pocas ideas pugnan

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

por expresarse y requieren de instrumentos para hacerlo? En un mundo “globalizado” (¿qué significa, al final de cuentas, este neologismo?) vale sospechar que lo mismo ocurre con todos los (grandes) idiomas universales.

La realidad de esta situación puede constatarse cuando se presta atención a las conversaciones que nos rodean o a menudo nos incluyen, en un restaurante, en la calle, en una tienda, en una cafetería, en un transporte público, en nuestro intercambio cotidiano con los demás. Abunda la onomatopeya, las frases truncas, el lugar común despojado de toda belleza (porque, según como se use, puede llegar a tenerla), de significado y de funcionalidad. Palabras mal dichas y mal repetidas, por automatismo, ausencia de metáforas, literalidad ramplona, pronunciación pastosa. Adolescentes que no han sido estimulados en el uso de la palabra, en el juego con ella, en el contacto nutricional, terminan por manejarla con torpeza y hasta con temor, son incapaces de articular un pensamiento, pasan todo a la acción, una acción que termina siendo a menudo destructiva o autodestructiva. Adultos perezosos (indolentes para leer, para explorar el lenguaje, para comunicarlo por escrito) terminan huyendo del diálogo con cierta profundidad, ya sea en la pareja, en la amistad, en el ámbito social y construyen una peligrosa incomunicación cotidiana. Muchos de esos adultos son políticos (escuchémoslos, leámoslos), catedráticos, escritores, terapeutas, científicos y demás.

RESPONSABILIDAD Y LENGUAJE

Ni hablemos de la creciente pauperización y maltrato del lenguaje en los medios de “comunicación” (el lenguaje se venga sutilmente a través de denominaciones como ésta). Presentadores y conductores que se machucan la lengua y los labios con la herramienta que deberían conocer, enriquecer, explorar y honrar, cronistas que, en el lugar de los acontecimientos o frente a protagonistas de diversos episodios, desnudan su pobreza de vocabulario (y, detrás de ello, de discernimiento, de pensamiento propio, de empatía y hasta de compasión) aferrándose a muletillas como a un salvavidas. Cómicos de televisión que deshonran su oficio con un uso maloliente de cada palabra. Guionistas miserablemente pobres de imaginación, de lecturas, de creatividad, que paren cada día y cada noche parlamentos horrorosamente precarios para que los actores se conviertan en portadores de esos virus al decirlos y esparcirlos. Palabras inexistentes en nuestro idioma se usan a mansalva, muchas veces sin registrar si son o no funcionales a la frase en que se las embute. Libros, novelas, otras publicaciones y todo tipo de texto circulante se deslizan con dramática facilidad hacia la chatura, hacia la planicie más crasa y unidimensional. La metáfora, la imagen, la sintaxis mueren de inanición, lenta y penosamente. Y para terminar con ellas están Internet, los “chats”, el nuevo lenguaje del correo electrónico, donde la velocidad y el pragmatismo del medio se convierten en excusa para ocultar la pobreza de los contenidos, la pereza del pen-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

samiento, la miseria del vocabulario, la ignorancia de la ortografía.

SÍNTOMAS Y EVIDENCIAS

Esto no es un lamento fatuo y melancólico. La pobreza y el maltrato del lenguaje son, en mi opinión, síntomas y evidencias de irresponsabilidad. Atender al lenguaje es dar prioridad a una herramienta esencial para el vínculo con el otro. Y el vínculo con el otro es la base de la existencia. El otro nos da identidad y complemento, el otro es referencia y posibilidad. Somos seres vinculados, somos nuestros vínculos. Todo aquello que enriquece, significa y hace trascendentes a los vínculos puede considerarse un acto de respeto, de cooperación, de solidaridad y de amor. Aquello que los empobrece atenta contra nuestra condición humana esencial. La responsabilidad nace de la noción de que todos nuestros actos y palabras tienen consecuencias en nosotros, en otros, en el entorno que habitamos. Responsabilidad significa tener capacidad y conciencia para responder a esos efectos. A los deseados y a los indeseados. A los gratos y a los ingratos. Responder es un verbo íntimamente ligado a comprender, a entender, a crear, a indagar, a registrar, a compadecer, a compenetrar. De todo eso nos desentendemos cuando empobrecemos nuestros vínculos personales

RESPONSABILIDAD Y LENGUAJE

y sociales. Abandonar el lenguaje, deshonrarlo, es parte de ese proceso.

Responsabilidad y conciencia van juntas. Un lenguaje conciente es un lenguaje responsable. Un lenguaje conciente es aquel en el que se eligen los términos, se comprenden los contenidos (los que emitimos y los que recibimos), se despliega la capacidad y la responsabilidad de elegir los instrumentos (las palabras, las frases, los textos) con los que nos comunicaremos. Un lenguaje conciente se nutre de pensamientos, de indagaciones interiores, de una escucha receptiva y sensible, de empatía, de lecturas. El que lee puede escribir, el que lee puede hablar. ¿Sirve bajar índices de analfabetismo si no aumentan los índices de lectura? No leer es no pensar, es despreocuparse del mundo en que habitamos, es empobrecer el conocimiento de la experiencia humana. Que no lean los analfabetos es natural, es la consecuencia dolorosa y reparable una tragedia social. Que no lean los alfabetos es un ominoso síntoma de la irresponsabilidad de una sociedad. Es la confesión de que sus miembros han optado por incomunicarse, por desentenderse del otro, de los otros. Así como se dice que quien lee nunca está solo, puede sospecharse que quien no lee ha optado por una soledad en la cual los otros son meros objetos o, en el peor de los casos, obstáculos. Cuando se maltrata al lenguaje, cuando se lo desprecia, cuando no se lo atiende, eso mismo se hace con los otros. Ellos son, al fin, a quienes van dirigidas nuestras palabras.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

El poema de Ghandi se titula *Caída* y es éste: *Cuida tus pensamientos/ porque se volverán palabras. Cuida tus palabras/ porque se volverán actos. Cuida tus actos/ porque se volverán costumbres. Cuida tus costumbres/ porque forjarán tu carácter. Cuida tu carácter/ porque formará tu destino. Y tu destino, será tu vida.*

RESPONSABILIDAD Y NEGOCIOS

LA GUERRA QUE PERDEMOS CADA DÍA

Acaso cuando escribió *El Arte de la Guerra*, hace siglos, el chino Sun Tzu no imaginó que hacia finales del siglo XX y comienzos del XXI su libro sería muy leído en Occidente, pero no entre los militares, sino entre los hombres de negocios. No debería sorprenderse ni él, ni nosotros, si observamos el entusiasmo que los juegos de guerra despiertan entre este tipo de personas. Se trata de eventos que pueden durar entre un fin de semana y cuatro o cinco días, en los cuales los ejecutivos de grandes corporaciones se aíslan en un lugar retirado no para escuchar a un gurú que los iluminará sobre las últimas técnicas de mercadeo y administración, sino para dividirse en dos ejércitos y combatir fieramente por territorios previamente valuados. Usan armas, pero no balas, sino bolas de pintura. La práctica se llama *paintball*. Hombre pintado es hombre muerto. Quien los escucha hablar de la experiencia los verá exaltados

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

mientras usan una jerga en la cual enemigo y competidor significan lo mismo, así como territorio y mercado, marca y bandera, publicidad y propaganda. Otras palabras, como campaña, objetivo, alcance o conquista se escriben igual y tienen significados mellizos en la guerra y en los negocios. Un gerente de ventas de una importante tarjeta de crédito cuenta lo siguiente en un reportaje periodístico (revista *Veintitrés*, de Buenos Aires, 7 de abril de 2005): “Me encantó el paralelismo entre juego, guerra y mercado. Hoy está plagado de imprevistos: tratas de ganar un segmento, pero de atrás de los árboles siempre va a salir la competencia a saltarte al cuello”. En la cultura occidental contemporánea la guerra es un negocio, los negocios se encaran, de manera predominante, como batallas. Grandes corporaciones marchan detrás de ejércitos depredadores y conquistadores (Irak no sólo es un país, resulta ante todo, para sus invasores, un mercado, pero no es el único caso). Y, como escribí en el párrafo inicial, los hombres de negocios se entrenan, en primer lugar mentalmente y, cada vez más, físicamente para esa guerra. Para ser duros, impiadosos, para no dejarse ganar mercados ni ser desplazados de sus puestos. Rentabilidad, *profit*, beneficios, ganancias son sus mantras y su religión.

RESPONSABILIDAD Y NEGOCIOS

NO MEZCLAR

¿Hay excepciones? Por supuesto que las hay. Y no les resulta fácil vivir entre estos códigos. Julián, un director de finanzas a quien tuve oportunidad de asesorar, atravesó una profunda crisis emocional, cuando Daniel¹, empresario poderoso y amigo de él desde la adolescencia, destruyó el vínculo de amistad que los unía al privilegiar el interés económico a las prioridades afectivas en una operación de negocios para la que se habían asociado. Daniel prefirió aumentar sus ganancias desprendiéndose de Julián mediante una maniobra oscura, hecha a espaldas de éste, antes que preservar el vínculo que los unía. En medio de su desazón Julián escuchó estas palabras de boca de dos familiares de Daniel: “Para Daniel los negocios son los negocios y la amistad es la amistad, no los mezcla”. Sin duda, esta es la demoleadora definición de lo que se suele llamar “ética de los negocios”. Los afectos, la piedad, la solidaridad, la compasión, la empatía, no intervienen, están vedadas, son riesgosas, “ablandan”, “humanizan”. Como en la guerra, quien se deja ganar por esos sentimientos, pierde. Por supuesto, la esperanza está en las personas como Julián. Se hallan en minoría, pero no han perdido contacto con su esencia humana, no se han desvinculado de los otros.

1. La historia es real, he cambiado los nombres.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

Cuando los negocios se convierten en batallas, los ejecutivos en generales y oficiales y los empleados en soldados, es que se ha roto el vínculo humano. El otro ya no es un congénere, una persona, alguien de mi especie. El otro es un instrumento, un objeto. Si el otro es un empleado, lo mediré en términos de costo-beneficio y cambiaré la pieza cuando considere que ya no rinde lo necesario, lo planificado. Si el otro es un competidor, lo trataré como a un enemigo y lo primero que se aprende en la guerra es a dejar de ver al enemigo como un ser humano. Si no lo es, no tengo por qué respetarlo, puedo disponer de su vida, no merece un trato igualitario, no tiene emociones ni pasiones. Es, valga la paradoja, un *no ente*, carece de identidad. Además, él quiere mi vida, lo que me autoriza a tomar la suya. Un famoso general que jamás combatió en alguna guerra dijo cierta vez: “Al enemigo, ni justicia”. Si el otro es un consumidor, un cliente, su dinero es mi renta, importa menos el servicio que le presto que lo que lo que puedo obtener de él. En el mundo de los negocios el cliente nunca tiene razón (porque no tiene identidad, es un objeto), pero hay que hacerle creer que sí.

En nuestra sociedad, los negocios se basan en la desaparición del otro como prójimo, como congénere, como persona. Si aumentan los salarios, sobreviene la inflación, repiten los ministros de economía, los economistas, los hombres de negocios. Mienten. Será conscientemente, será por necesidad, será por hábito, será porque hablan sin pensar, lo cierto es que mienten. Si

RESPONSABILIDAD Y NEGOCIOS

en una economía capitalista no aumenta el dinero circulante, no habrá inflación. Y el dinero circulante aumenta por muchas causas: por las guerras, por las deudas que contraen los países y sus empresas, por el clientelismo político, por la corrupción de los dirigentes y mandatarios. Que aumenten los salarios de quienes viven de su trabajo no significa que habrá inflación. Significa que la riqueza se distribuirá de una manera diferente para que todos accedan a ella. “Si uno quiere ordeñar la vaca, debe alimentarla”, dijo al respecto Peter Bofinger, integrante del Consejo de Asesores Económicos de Alemania. Un recordatorio para los hombres de negocios de nuestros tiempos. Se trata, en fin, de mirar la economía y los negocios de una manera diferente. Se trata de incluir al otro como sujeto, de pensar en una sociedad de sujetos, no de meros objetos, en una sociedad de semejantes.

LA MÁSCARA Y EL ROSTRO

Cuando nos relacionamos entre semejantes, emerge la noción de responsabilidad. Si el otro es mi semejante debo tomar conciencia de mis actos porque, de manera más directa o más indirecta, influirán en él. Mis acciones tienen consecuencias. Vivimos relacionados. Como suele decirse, aletea una mariposa en Beijing y se derrumba un edificio en Nueva York. Cada uno de

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

nuestros actos, gestos, palabras, y aún de nuestras omisiones y silencios, produce una vibración energética que influye en nuestro medio ambiente físico y emocional y lo afecta, como nos afecta y como afecta a otros. A mayor conciencia de esto, mayor conciencia de la responsabilidad y, también, mayor libertad. Cuanto más noción tengo de las consecuencias de mis actos, más dueño seré de mis elecciones y decisiones y, con ello, más libre. Quien, sobreadaptado a códigos y a mandatos, va de manera automática detrás de ciertos fines (rentabilidad, mercados, beneficios, ganancias o, como señalo en otro capítulo de este libro, éxito, fama o dinero), no es libre, porque pierde contacto con los propósitos trascendentes, con esos propósitos que tiñen de significado a la vida. Queda prisionero de un medio que se ha desvirtuado hasta convertirse en fin. Puede ser rico, pero no libre. Poderoso, pero no libre.

Desde mi punto de vista, los negocios son un medio, no un fin. Todos, las personas, los países, necesitamos algo y todos tenemos algo para ofrecer. Esto es así porque nadie es autosuficiente, nadie es perfecto. Esto demuestra la perfección de la creación. El no ser autosuficientes ni perfectos, nos conduce a la vinculación. Tengo algo que no tienes y necesitas. Tienes algo que no tengo y necesito. Eso nos hace complementarios. Nuestra complementación sólo podrá consumarse a través de una negociación. Negociar es consensuar, resolver algo con el fin de obtener una mutua satisfacción. Se puede negociar de buena fe, mirando más allá

RESPONSABILIDAD Y NEGOCIOS

de los horizontes individuales, hacia una meta compartida y trascendente. O se puede negociar buscando el máximo beneficio para sí, aún a costa de los perjuicios del otro o los otros.

Esta última es una concepción según la cual, todo lo que no se gana se pierde. No hay medida para el beneficio propio. Así, las empresas destruyen el medio ambiente, porque cuidarlo, preservarlo y honrarlo sería ganar menos. Se prueban medicamentos distribuyéndolos en sociedades desprotegidas (por sus leyes y sus gobernantes) porque es una manera menos costosa de experimentar y, simultáneamente, genera rentabilidad. Un cobayo de laboratorio no compra el medicamento que le inoculan, un habitante de Africa, Asia o América Central o del Sur compra, paga, genera beneficios. Las grandes corporaciones cierran plantas y dejan familias en la calle no porque pierden (nunca pierden), sino porque ganan menos de lo proyectado. Se crean países-factoría porque se gana más si se explota a niños y mujeres, pagándoles menos que una miseria por días enteros de trabajo sin descanso, sin alimento, sin baños. Se fabrican y se venden armas porque con ello se gana mucho (se trate de empresas estatales o privadas) y para ganar con las armas es necesario que haya guerras, por lo tanto se fomentan guerras. Los bancos lavan dinero del narcotráfico mientras miran hacia otro lado, porque con esas operaciones se gana más que prestándole a quienes quieren producir. Se construyen más y más viviendas lujosas para quienes ya tie-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

nen habitaciones en exceso, porque ellos pagan más y generan más ganancias que quienes de veras necesitan dónde vivir. Esta es la verdadera “ética de los negocios” en nuestra sociedad. El otro no cuenta. A menudo esto es tan escandaloso que, antes por hipocresía que por responsabilidad, algunas empresas invierten en “cultura” y objetivos “filantrópicos” o “sociales”. No reparan con ello nada de lo que dañan. Hablar de “capitalismo con rostro humano” (como algunos gurús proponen para anestesiar conciencias) es un sofisma de cabo a rabo. A lo sumo podrá decirse que es un capitalismo con máscara humana. Pero máscara y rostro no son sinónimos.

REALIDADES MUTABLES

Business are business. Negocios son negocios, dice una de las frases más cínicas y farsantes que circulan por el mundo. Una suerte de pasaporte al vale todo. Sobre ideas como ésta se montan luego los economistas (generales de escritorio en la guerra de los negocios, inhábiles para empuñar las armas que ellos mismos alaban) para decirnos que las leyes de la depredación económica son similares a las de la física, eternas, inamovibles, infalibles. Las de *ésta* economía, por supuesto. Las de *ésta* manera de hacer negocios.

RESPONSABILIDAD Y NEGOCIOS

Pero acaso así como a las leyes de Newton les llegó su Einstein y los humanos nos encontramos con otra manera de ver, comprender, explorar y vivir nuestro universo, puede llegar el momento en el que la responsabilidad desembarque en el mundo de los negocios y convierta a éstos en un medio más de enaltecimiento de los vínculos humanos. En un espacio en el que se puedan forjar caminos trascendentes para nuestra existencia. Necesitamos hombres de negocios fieles a lo más trascendente de su condición humana, hombres de negocios que honren, con su actividad, a los vínculos humanos, antes que voraces soldados de una guerra perdida.

RESPONSABILIDAD, CIENCIA Y TÉCNICA

UN TREN HACIA NINGUNA PARTE

¿Por qué es bueno y es deseable el progreso? Pregunta estúpida, si las hay, ¿verdad? Pero esto no la responde. ¿Por qué es bueno y deseable, especialmente, el desarrollo científico y tecnológico? Se me responderá que lo es porque mejora la vida. Bien, pero esa respuesta automática me suena como dictada por el departamento de marketing de ciertos científicos, tecnócratas y economistas. Y no anula la pregunta. ¿Por qué son deseables los avances nucleares que permiten la existencia, en la historia humana, de Hiroshima? ¿Por qué es bueno y deseable que haya habido una pobre oveja Dolly? ¿Hay una diferencia de fondo entre su “creador” y el doctor Mengele? ¿Es menos manipulador el que manipula ovejas o cobayos que quien lo hace con seres humanos? ¿Por qué es imprescindible para la humanidad un teléfono celular que saca fotos, toca música, filma, etc., etc.? ¿Por qué es bueno el sexo ciberné-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

tico? ¿Tienen trampa mis preguntas? ¿Son capciosas? ¿Olvidan los avances de la medicina, de las comunicaciones? No los olvidan. Los agradezco. Y recuerdo, aún así, la destrucción del medio ambiente, los efectos colaterales graves de muchos avances médicos y farmacéuticos que nos suelen ser ocultados. Pero es muy bueno que ya no nos exterminen la viruela. Es bueno que tengamos una esperanza de vida de 80 años y no de 40. Pero además de una esperanza de vida más amplia, ¿hacen la ciencia y la técnica que la humanidad viva una vida más esperanzada, más significativa y trascendente? Pregunto, sólo pregunto.

Y en plan de interrogar(me), agrego: ¿hacia dónde progresa el progreso? ¿Todo desarrollo es bueno *per se*? Desde el positivismo, nacido a mediados del siglo XIX, cuando el filósofo francés Auguste Comte publicó los seis volúmenes de su *Curso de filosofía positiva*, la respuesta es taxativa: sí. Somos hoy hijos del positivismo, en nuestro ADN está inoculada la creencia de que la mente encontrará la razón última de todos los fenómenos, que desentrañará las leyes que los determinan y los unen y que, al hacerlo, como creía Comte, la humanidad alcanzará su felicidad. Así, la felicidad sería la resultante de la comprensión racional del mundo. La felicidad sería el fruto del final de los misterios, del misterio último de la vida. Quizá cuando lo hayamos despanzurrado, desentrañado y desarticulado, dejaremos de ser frágiles criaturas que deambulan en la inmensidad del del especio y del tiempo.

RESPONSABILIDAD, CIENCIA Y TÉCNICA

Quizá cuando lo hayamos atrapado, podremos ser inmortales, habremos gambeteado a nuestro temor ancestral, la muerte.

¿Será por esto, entonces, que el progreso es bueno y que sus sostenes, la ciencia y la técnica, son santuarios incuestionables? ¿Será que quien pone en duda su ética, sus procedimientos y una parte importante de sus frutos es, en fin, un oscurantista, un aliado de la muerte?

AVANZAR, AVANZAR, AVANZAR

No deja de impresionarme la precariedad, la inocencia casi patética de la idea positivista del progreso. Basta con leer los diarios de cada día, con recorrer los innumerables documentales que nos ofrecen las señales de televisión, con leer las publicaciones de divulgación científica y tecnológica. Todos los días un descubrimiento impresionante, todos los días la captura de un gen que resuelve misterios insondables, todos los días un aparato que hace lo que los humanos hacemos desde siempre o lo que no hicimos nunca (quizá porque no lo necesitamos), todos los días una teoría que rebate a otra, una ley definitiva que da por tierra con una anterior ley definitiva, una verdad que convierte en mentira a la perenne verdad que la precedió. Ya escucho a mis amigos fanáticos del progreso: “Pero es que así

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

avanzan la ciencia y la técnica, tonto, rebatiendo verdades anteriores”. Sí, ¿pero podrían explicarme, si fueran tan amables, hacia dónde avanza? ¿Avanzar es un valor en sí mismo? ¿Retroceder es un disvalor en sí mismo? Es la idea del progreso entendida como un tren que se desplaza sobre un riel recto e infinito la que me parece precaria y patética. Se trata, en mi opinión, de un riel que va a ninguna parte, aunque quienes viajan en los vagones imaginan que llegarán a una terminal en la que los espera el dominio final de la vida y de sus misterios.

Y mientras el tren avanza, descubrimiento tras descubrimiento, prestidigitación tecnológica tras prestidigitación tecnológica, ¿cómo es nuestra vida? ¿Se carga de sentido y trascendencia? ¿Es más solidaria? ¿La preñamos de un sentido (cada uno es responsable del suyo) que nos permita convertirla en algo mucho más profundo, sagrado y significativo que una simple y cotidiana huída de la muerte? Nuestros plasmas de 65 pulgadas (para mirar la vida desde afuera, sin contacto real con ella), nuestros autos teledirigidos, nuestras computadoras de anteúltima generación (siempre serán de anteúltima generación), nuestros viágrafos, botox y siliconas sin (¿sin?) efectos secundarios, nuestros trasplantes e injertos, nuestros satélites espías en Marte y en Saturno, nuestras guerras con soldados robots, nuestros aviones para 840 pasajeros, nuestros sistemas de seguridad ultrasensibles, nuestros láseres para esto y para aquello, nuestros edificios inteligentes (cuán-

RESPONSABILIDAD, CIENCIA Y TÉCNICA

ta estupidez es necesaria para llamar inteligente a un edificio), ¿nos están haciendo sentir en armonía, en paz, allí, en el centro esencial de cada uno de nosotros, o lo que encontramos allí es un angustioso vacío existencial y espiritual que no se disimulará con toneladas de alplaxes u otros rellenos?

NO ES LA VIDA, ES TU VIDA

El psicoterapeuta y filósofo Víktor Frankl (a quien no conocí, pero considero uno de mis Maestros) fue uno de los más grandes humanistas del siglo XX. Y decía, con sencilla lucidez, que el 90 por ciento de las neurosis de nuestro tiempo no son endógenas sino *noógenas*. No tienen que ver con causas orgánicas ni mentales, sino con una enfermedad del alma: la ausencia de un sentido para la propia vida. No el sentido de *la* vida, sino el de *mi* vida. ¿Qué visión, qué exploración, qué actitudes, qué vínculos, qué frutos, siempre relacionados con el otro, con los otros, hará que haya tenido un sentido vivirla? Esta es una pregunta para la cual ni la ciencia ni la tecnología tienen respuesta. No es su función tenerla. Pero son responsables de la infelicidad humana cuando se conciben a sí mismas como fuentes de esa respuesta y cuando entregan simulacros, placebos, anestias de las que despertamos con una angustia mayor. La ciencia y la técnica no tienen respuesta

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

para el vacío existencial, ni para la pregunta esencial que, aunque nos tapemos los oídos, se nos formula a cada uno de nosotros: ¿qué vas a hacer con tu vida para que tenga un sentido, para que vivirla haya dejado una huella (la tuya) en la infinitud del tiempo?

La ciencia y la técnica pueden mejorar la calidad de nuestras vidas mientras nos ocupamos de la respuesta. Pero no nos eximen de responder. Y la pregunta vale también para los científicos y los técnicos, para sus propias vidas, para el sentido de sus acciones. Cuando la ciencia y la técnica proponen sus resultados como fines en sí mismos, cuando se plantean como productoras de respuestas infalibles para los misterios de la existencia, deberán saber que los efectos de esos actos aparecerán en sus resúmenes de cuentas.

Cuando la ciencia y la técnica dejan de tener como fin al ser humano para plantearse la meta de vencer a la Naturaleza y dominar los secretos de la creación, harán del ser humano un medio, un objeto, un instrumento, y del mundo en el que vivimos un campo de experimentación. Tranquilizarán momentáneamente a la lógica y a la razón, pero no contribuirán a que cada quién cumpla con la misión de responder a su pregunta personal sobre la vida. Y aún así, aunque el marketing científico tecnológico del logro por el logro mismo nos prometa vivir 150 años, tener un celular que lea la mente de nuestro interlocutor, volar a la luna en dos horas, hacernos un trasplante de cerebro, tomarnos una pastilla que nos provoque un simulacro de orgasmo sin

RESPONSABILIDAD, CIENCIA Y TÉCNICA

necesidad de un compañero sexual, o develar el secreto de qué hubo antes del Bing-Bang o, incluso, de cómo funciona la mente de Dios, siempre habrá un límite que no podrá traspasar: el de nuestra mortalidad. Somos mortales. Moriremos. A los 150, a los 200 o a los 700 años moriremos. Por lo tanto, siempre vuelve la pregunta que no pueden responder ni la ciencia ni la técnica sino cada uno de nosotros: ¿cuál es el sentido que daremos a nuestra vida?

DE LÍMITES Y DE MITOS

El filósofo orientalista Alan Watts reflexionaba en cuanto a esto: “¿De qué le sirve al hombre dominar al mundo entero si pierde su alma. La lógica, la inteligencia y la razón están satisfechas, pero el corazón está hambriento, pues ha aprendido a sentir que vivimos sólo para el futuro. La ciencia, lenta e inciertamente, puede darnos un futuro mejor...durante algunos años. Luego todo terminará para cada uno de nosotros. Será el fin de todo. Por mucho que lo prolonguemos, todo lo que está compuesto debe descomponerse”. Claro que, admitir esto, es, bajo el paradigma positivista aún predominante, admitir un límite, admitir la convivencia con algunos grandes misterios. Los misterios no son secretos, no se trata de algo que la naturaleza o la realidad, o el Todo, o como quiera llamárselo, nos

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

oculta. El misterio es, simplemente, una zona inaccesible de la experiencia humana. Un límite.

Como en el paradigma que hoy predomina entre nosotros la ciencia y la técnica no admiten límites, se ven obligadas a crear mitos para evadirlos. El mito, por ejemplo, de que, en el futuro (preferentemente cercano), más y más cosas se sabrán, más y más cosas serán posibles y quizás también, ¿por qué no?, alcanzaremos la inmortalidad. Es decir, presa de su propia leyenda, la ciencia termina por ser una cuestión de fe. Suena paradójico, sin duda, para quien cree sólo en lo verificable. Y la tecnología adhiere a ese mito creando todos los artilugios que le permitan sostenerlo.

¿Por qué, vuelvo a preguntar, el progreso es bueno y deseable? ¿Sólo por qué progresar es ir hacia delante? ¿Hacia dónde, en busca de qué, con qué propósito y sentido? ¿Por qué hemos de hacer de la ciencia y de la técnica símiles de una religión fundamentalista? ¿Por qué hemos de tomar sus promesas como si fueran narcóticos que vienen a llenar nuestro angustioso vacío existencial? ¿Se hacen cargo los sacerdotes de estas religiones modernas de los efectos de sus actos? ¿Hacen esos efectos que reflexionen sobre sus paradigmas y los transformen? ¿En esa transformación aparece el ser humano como el centro de la preocupación, digo el ser humano con su dignidad y sus misterios, su finitud y su trascendencia, que no son otros sino los de todos los seres vivientes?

RESPONSABILIDAD, CIENCIA Y TÉCNICA

¿Hay otra forma de ciencia y técnica posibles? Imagino que sí. Aquellas que, al poner lo espiritual, lo trascendente, en el centro del escenario, acepten con sabia humildad sus límites y acompañen las búsquedas espirituales de las personas, las búsquedas de propósito y de sentido, y lo hagan convirtiéndose en medios y caminos para las personas, antes que convertir a éstas en medios para fines sin sentido trascendente. Es, claro, otro paradigma. Requiere de una ética y de un sentido moral que se reflejen en actitudes y no en palabras o declaraciones. Se trata de un paradigma que incluya, en su aspecto más abarcador y profundo, la noción de responsabilidad. Hay técnicos y científicos que lo saben y lo practican. Pero en la ciencia y en la técnica en su conjunto, esta es, hoy, una deuda abierta y creciente.

RESPONSABILIDAD Y VALORES

LA IMPORTANCIA DE VIVIR CON VERBOS Y NO CON SUSTANTIVOS

“No podemos enseñar valores, debemos vivir valores. No podemos dar un sentido a la vida de los demás. Lo que podemos brindarles en su camino por la vida es, más bien y únicamente, un ejemplo: el ejemplo de lo que somos”. En 1970 el médico y psicoterapeuta austriaco Víctor Frankl, uno de los más luminosos pensadores del siglo XX y fundador de la logoterapia, afirmaba esto al hablar de la voluntad de sentido. Frankl llamaba voluntad de sentido a una forma de percepción que impregna a cada ser humano y que, cuando se hace conciente, le permite encontrar un propósito para cumplir más allá de sí mismo, en el encuentro con otro. Ese propósito justifica y da significado a la existencia. Cada individuo, decía Frankl, debe encontrar el sentido de su vida porque solamente sobrevivir no es, ni puede ser, el máximo valor.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

Vivimos en una época y en una sociedad en las que, cada vez más, y en muchos aspectos, “solamente sobrevivir” parece haberse convertido en el único valor considerable, en el propósito que orienta la existencia de millones de personas. Y no sólo sobrevivir en términos económicos. Vivir en la pobreza, marginado de los circuitos del trabajo, del consumo, de las interacciones sociales no es, hoy y aquí, el único requisito para ser sobreviviente o para tener como horizonte excluyente a la supervivencia. Hay ladrones, asesinos y corruptos que completaron su educación, o que provienen de capas económicas, sociales y culturales medias o altas. Desde el punto de vista económico no los guía la desesperación por sobrevivir. La relación muchas veces simplista y facilista que se establece entre pobreza u origen social, violencia y delincuencia, tiene un tufillo discriminatorio y opera como tranquilizador de la conciencia para quienes optan por no manchar sus zapatos en los barriales del mundo real. Lo cierto es que no todos los pobres o marginados matan, roban o delinquen (proporcionalmente es una minoría de ellos la que lo hace) y lo cierto es, también, que un alto porcentaje de ladrones, asesinos y criminales no son pobres.

RESPONSABILIDAD Y VALORES

PREGUNTA TALLADA EN LA MADERA

Junior, un adolescente que, en 2004, en la ciudad de Carmen de Patagones, llegó un día al colegio con una pistola entre sus ropas y asesinó a balazos a varios de sus compañeros, además de herir a otros, había escrito en su pupitre, algunos días antes de la tragedia y tres décadas después de las palabras de Víctor Frankl, la siguiente frase: “*Quien le encuentre sentido a la vida que lo escriba aquí, por favor*”. Lo había tallado en la madera con una cortaplumas, para que no se borrara. La frase estaba allí antes de la masacre y sólo fue vista después. Junior, sumergido en un pozo oscuro, con su alma desgarrada, había gritado la pregunta que urge responder en un mundo que se hunde cada día en un pronunciado, inquietante y trágico vacío existencial. Después de ese drama, como luego de tantos episodios variopintos, de los cuales la sociedad hace su comidilla diaria, saltó a la palestra de la discusión pública la palabra *valores*. Políticos encendidos, educadores preocupados, padres súbitamente despabilados, opinadores de todo pelaje y origen, filósofos al paso, hombres y mujeres angustiados apelaron una y otra vez a viejas consignas previsibles, descubiertas de pronto como si se acabaran de enunciar. “Hay que volver a los valores”. “Esto ocurre porque hemos perdido los valores”. “Hagamos un llamado a los valores”. “Urge recuperar los valores esenciales”. “La escuela debe ser nuevamente proveedora de valores”. “Debemos volver a ha-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

cer de la familia un crisol de valores”. “Nuestra sociedad ha extraviado sus valores tradicionales”. Y así hasta el infinito.

Pocas veces la palabra valores ha de haber sido pronunciada, con tanta soltura y liviandad como en nuestros días. Se habla de transmitir valores, de educar en valores, de recuperar valores, de vivir con ciertos valores, de establecer valores, de preguntarnos por nuestros valores y por los que les dejamos a nuestros hijos. Quizá cada uno de nosotros, células del organismo social que integramos, debiéramos preguntarnos, a la manera de Frankl, cómo estamos viviendo aquellos valores que declamamos, que proponemos y que ensalzamos.

LA GRAN TRANSFORMACIÓN

Vivir es un verbo y valor es un sustantivo. Mientras los valores sólo se enuncian y recitan siguen siendo sustantivos. Lucen bien en las frases, impresionan, generan efectos e ilusiones. Pero los valores no enriquecen y profundizan efectivamente nuestros vínculos y nuestra manera de sentir, percibir y actuar mientras no se convierten en acto. En tanto son sólo palabras decorativas. El gran desafío a nuestra conciencia de responsabilidad consiste en transformar a los valores en verbos.

En un mundo donde basta una mentira mil veces repetida por el presidente genocida de un país poderoso

RESPONSABILIDAD Y VALORES

para invadir y destruir a otro país, en un mundo donde un candidato, ya convertido en presidente, puede admitir que mintió para ganar porque sino lo hubieran votado, en un mundo donde las leyes sólo se invocan para que las cumplan los otros, en un mundo donde los derechos se reclaman pronto y las obligaciones se olvidan rápido, en un mundo donde cualquiera puede creerse dueño de Dios y, en consecuencia, matar a los “infieles”, en un mundo donde no tener es no ser, en un mundo donde consumir se percibe como sinónimo de vivir y se cree que la adrenalina es más importante que la sangre y por lo tanto hay que generarla todo el tiempo y de cualquier modo, ¿de qué hablamos al hablar de valores? ¿Qué decimos, más allá de palabras bellas, o fuertes, o asertivas, cuando proponemos valores?

En *Calígula*, la impresionante obra teatral de Albert Camus, cuando el emperador decide apoderarse de las herencias de todos los ciudadanos de Roma previa ejecución sumaria y arbitraria de los mismos, lo justifica de una manera clara y brutal: “Si el Tesoro tiene importancia, la vida humana no la tiene. La vida no vale nada, ya que el dinero lo es todo”. Resulta estremecedor observar el paisaje cotidiano de nuestra sociedad y los modelos que, cada vez más, prevalecen en las relaciones interpersonales, porque, sin distinción de clase, de nivel cultural o económico, pareciera que la idea de Calígula se impone con constancia, con prisa y sin pausa.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

Vuelvo a Frankl. Él sostenía que era la conciencia el órgano que podría guiar al hombre en la búsqueda del sentido, que en ella reside la capacidad “de percibir totalidades de sentido en situaciones concretas de la vida”. Para ello debe estar despierta. En estos días sombríos es importante no seguir adormeciendo a la conciencia bajo torrentes de declamaciones. Esto no sólo vale para políticos, educadores, profesionales y funcionarios. También para cada uno, cada hombre, cada mujer, cada padre, cada madre, en su espacio más propio, íntimo y cotidiano. Si no, trágicos gritos como los de Junior (a esta altura seguramente olvidado, porque el espectáculo mediático de la vida contemporánea debe continuar) habrán sido amordazados, como tantos otros (acaso menos sangrientos) para que no interrumpen el festival de sinsentido y vacío en el que baila una sociedad que, dos mil años después, podría volver a tener a Calígula como líder y mentor.

Si de veras creemos que vamos a enseñar valores, empecemos por vivirlos. Si de veras creemos que se impone instalarlos en nuestra vida de cada día, en nuestros vínculos, en nuestro hacer y sentir en el mundo, comencemos por actuarlos. Hablar de valores mientras conduzco el auto con el que cruzo semáforos en rojo o excedo las velocidades permitidas, hablar de valores mientras evado mis impuestos, decirle a mi hijo que no debe mentir y pedirle que atiende el teléfono y diga que no estoy, declamar la importancia que la familia tiene en mi vida mientras mantengo relaciones con

RESPONSABILIDAD Y VALORES

otras mujeres, afirmar la importancia de honrar los compromisos mientras no le pago a quien hizo en tiempo y forma el trabajo que le encargué y uso ese dinero para darme algún gustito (o gustazo) atragantado, manifestarme devoto del orden al tiempo que dejo mi basura en cualquier lugar, son sólo algunas formas conocidas y cotidianas de congelar a los valores como sustantivos. La mayoría de nosotros puede engrosar esta lista con aportes propios y ajenos.

Para transmutar los valores en verbos, para que sean una acción constante y palpable y para que así se vivan y se transmitan, es imprescindible la conciencia de responsabilidad. Cada valor declamado y no vivido tiene una consecuencia. La responsabilidad es, acaso, el primero de los valores que no puede ser sólo enunciado y que nada significa si no es vivido, si no es una experiencia constante, palpable, transformadora. Cuando nos hacemos cargo de nuestras acciones, cuando respondemos por ellas, ponemos en acto varios valores simultáneamente: la honestidad, la sinceridad, la confianza, la aceptación, la reparación, la empatía, sin ir más lejos. Ningún valor va sólo. La vivencia cierta y real de uno de ellos desencadena, inevitable y afortunadamente, la activación de otros. Y una vida en la cual los valores son verbos, es una vida en la que empieza a florecer y a plasmarse el sentido. La presencia activa de los valores hace de nuestro estar en el mundo, antes que una simple sobrevida, una existencia verdadera.

RESPONSABILIDAD, CONSUMO Y TRABAJO

NINGÚN SER HUMANO ES UNA ISLA

Entre esos tipos y yo
Hay algo personal
Joan Manoel Serrat

Imaginemos por un momento una sociedad en donde las personas dedican una cantidad apreciable de tiempo y de energía a sus vínculos –de pareja, de familia, de amistad, vecinales, comunitarios–, a profundizarlos, a enriquecerlos, a nutrirlos de interés de empatía, de comprensión, de solidaridad, de cooperación. Permitámonos fantasear durante unos instantes con una comunidad humana abocada a mejorar la calidad espiritual, afectiva y emocional de la vida, una comunidad fuertemente conectada y consustanciada con su entorno, preocupada por él, ocupada en él, un entorno que incluye a todo lo viviente. Soñemos un poco más (a nadie se ofende con ello) y vislumbremos una sociedad en donde cada individuo considera al otro como su prójimo, se ve a sí y ve al otro como seres hechos de la misma materia y, por lo tanto, partes de un mismo todo.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

Marilen, mi mujer, habla, con belleza de las chispas de un mismo Sol, que aunque sean fugaces como chispas resultan eternas como sustancia del Sol. Evoquemos, en síntesis, un orden en el cual las relaciones humanas son vínculos de sujeto a sujeto.

Visualicémonos ahora como integrantes de ese paisaje. Cada vez que propongo esta experiencia a alguien, el comentario inmediato, entre suspiros, es: “¡Qué lindo!”. Pero hay personas a las que esta propuesta les eriza la piel y probablemente las hace entrar en pánico. Para quienes, desde la publicidad, el marketing, las capillas económicas y financieras, los laboratorios del managment o los bunkers de los negocios, alientan el consumo en todas las formas posibles, imaginables e inimaginables, una sociedad humana de este tipo sería la mejor escenificación del infierno.

Es que, en una comunidad como la que describí, las necesidades espirituales, emocionales y afectivas esenciales estarían atendidas, habría para ellas una dedicación prioritaria. Cuando eso ocurre, se crea el ecosistema apto para que cada individuo pueda explorar los caminos que harían de su historia personal una vida trascendente, con un sentido que se proyecte de manera nutricia en el espacio compartido y más allá del tiempo cronológico de su biografía. En una sociedad que apuntase a ese modelo, no habría una sola vida inadvertida, cada quien encontraría el significado único, propio, necesario e intransferible de su ser. La del vacío existencial sería una experiencia desconocida,

RESPONSABILIDAD, CONSUMO Y TRABAJO

extraña, no estaríamos inmersos en la angustia que éste genera.

En una comunidad de ese tipo, en fin, consumiríamos mucho, muchísimo menos. Porque el consumo desaforado, obsceno, depredador y adictivo que ensombrece hoy a nuestra vida social, espiritual y mental, a nuestros modos de vincularnos, a nuestro pensamiento, quiero decirlo pronto, es un resultado directo y continuo del vacío existencial, de la vida desnuda de significado y sentido.

LA BOLSA ROTA

El vacío existencial es mucho más que un enunciado filosófico o que un concepto intelectual. Es un dolor profundo, es una oscura desazón. En la vida cotidiana se manifiesta como insatisfacción constante, como una ansiedad sin norte, como una pérdida de la percepción de sí mismo, como un apuro insaciable, como un resentimiento sordo que no ofrecen pausa ni reparo, que no se calman con metas alcanzadas ni con plazos cumplidos. Una Maestra para mi vida, de quien aprendí mucho en su momento, lo solía definir como “un cuchillo pequeño y muy afilado que corta al alma y al corazón por la mitad”.

Cuando esa sombra nos cubre, nace la desesperación por disiparla. Allí acechan los pontífices del con-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

sumo. Cantan como las sirenas. Nos prometen poder, satisfacción, placer, sentir, tener, alcanzar, llegar. Seremos fuertes, ricos, envidiados, temidos, admirados, queridos, inmortales, bellos. Se calmará la angustia de una vida sin sentido. Viviremos en barrios cerrados y vigilados, conduciremos autos inalcanzables y si con ellos aplastamos a alguien, no habrá problemas, porque estaremos ocultos detrás de los vidrios polarizados. Nuestras computadoras nos harán dueños del mundo, de toda la información, de todo el saber, de todos los mercados, sin tener que salir al mundo, sin rozar nuestra piel con la del otro. Seremos espectadores pasivos de un mundo ajeno (que patéticamente soñaremos como propio) al que accederemos a través de una pantalla de 65 pulgadas y sonido mega estereofónico. Nuestros celulares remplazarán a nuestros cerebros, porque tendremos cerebros cada día más simples y la última cámara digital ocupará el lugar de nuestra alma. Todo esto en 3, 6 o 12 cuotas sin intereses, con instalación incluida. Cada vez que abramos una caja y tiremos el material contaminante del envoltorio a la calle, se calmará durante unos segundos la angustia. Pero renacerá antes de que paguemos la última cuota. Y ahí estarán nuestros gurúes del consumo, prometiéndonos el próximo placebo.

Estos publicistas, mercadotecnócratas y economistas son, en verdad, dealers. Son traficantes. Nos ofrecen drogas. Nos escandalizamos de las personas adictas a los narcóticos. Pero el mecanismo que está detrás

RESPONSABILIDAD, CONSUMO Y TRABAJO

del consumismo es similar a aquel. Todo parte de un vacío y sigue con la ilusión de que algo proveniente del exterior (una sustancia, un electrodoméstico, un artefacto, un vehículo, un celular, ropa, alcohol, tabaco, sexo, un ciber lo que sea, etc.) llenarán ese vacío. Pero como es un vacío existencial, nada puede llenarlo salvo una vida responsable, significativa y trascendente. De modo que es necesario aumentar las dosis. Consumir más y más rápido. No nos horroricemos de los adictos a las drogas. Son el espejo más descarnado de un modo de vida. No son extraterrestres. Nos denuncian.

Los dealers del consumo siguen una metodología rigurosa, según la cual hay que crear primero una necesidad y luego satisfacerla (lo leen en sus libros de cabecera y lo repiten casi con orgullo). Pero entonces ya no es una necesidad, aunque la sintamos como tal. Es un deseo. Las necesidades básicas del ser humano son de alimento, de aire, de agua, de techo, de abrigo y de amor. Esto fue definido hace tiempo (y, por supuesto, no ha cambiado) por Abraham Maslow. Alimento no es comida chatarra y cara, aire no es el humo contaminado que respiramos cada día, agua no son las bebidas artificiales que se nos ofrecen como la chispa de la vida o la llave de la alegría, techo no son los pisos exclusivos y blindados que se nos prometen como dadores de identidad y amor no es lo que predomina en los vínculos que se generan en una sociedad donde tener reemplaza a ser. Aprovechándose de las necesidades bá-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

sicas del hombre, cuidándose muy bien de no satisfacerlas, los dealers del consumo nos manipulan con técnicas que incluyen desde lo psicológico hasta la conductual, desde lo comunicacional hasta lo emocional, para que sintamos urgencias sobre las cuales no reflexionamos. Cuando nuestra alma y nuestra conciencia están presentes en la atención de nuestras necesidades reales sabemos reconocerlas y honrarlas, les damos nutrientes a nuestro cuerpo, agua a nuestro organismo, nos abrigamos con mesura y funcionalidad y abrigamos a quienes lo necesiten sin devastar el entorno, nos procuramos un techo que sea un hogar acogedor para nosotros y un lugar accesible para quienes nos rodean, antes que una fortaleza de lujo, y damos amor del modo en que el otro lo requiere, para recibirlo, a nuestra vez, de la manera en que nos hace bien. El modelo con el que atendamos a nuestras necesidades, respetándolas, reconociéndolas honrándolas, haciéndonos cargo de ellas para que no sean bastardeadas por quienes nos incitan a consumir sin conciencia, será un modo de ir dándole a nuestra vida orientación y significado.

ISLAS HUMANAS

Pero LOS dealers del consumo (ellos saben quiénes son, nosotros también) nos necesitan vacíos de sentido existencial y aislados. Aislados dentro de un auto, en

RESPONSABILIDAD, CONSUMO Y TRABAJO

un barrio inexpugnable, con los audífonos del walkman colocados, con la lata de cerveza adosada a nuestra mano como un apéndice, con el cigarrillo como un brote de los labios, con el celular comunicándonos de nuestros espacios interiores, conectados en banda ancha las 24 horas al chat, al mail, al ciber shopping o a lo que fuera, y, si no, pasando horas y horas de nuestra vida en el centro comercial más cercano. Nos necesitan aislados y solos, pero ilusionados, hipnotizados por la creencia de que estamos comunicados. Ilusionados con la creencia de que estamos teniendo un romance con quien nos miente una identidad (y a quien mentimos una identidad) en un teclado distante, ilusionados con que nuestro auto o la magia de un bisturí rejuvenecedor nos darán identidad, mientras nuestro vecino, de quien no sabemos el nombre, ni nunca nos preocupó saberlo, sufre y nos llama en vano, o nos convoca a compartir su alegría aunque nuestros oídos, llenos de ruido, no escuchen su voz..

Nos necesitan solos y aislados, convertidos en unidades de consumo, pasivos, sin alma. Como pollos que vivirán sesenta días, comiendo las 24 horas bajo luces que nunca se apagan, para engordar rápido y dejar paso a la próxima tanda. Nos necesitan vacíos y angustiados. Nos necesitan adictos. También nos necesitan productivos. Por eso, en la nueva “cultura” del trabajo, es importante mantenernos activos las veinticuatro horas. Nos dirán que nos aman y nos pondrán una sala para dormir unos minutos (diez) en la oficina. Lo

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

mostrarán como una prueba de la “humanización” de las empresas. Una sala para dormir la siesta. Los presos también tienen un camastro para dormir la siesta (todo el tiempo que quieran) en sus celdas. Nos dirán que es un trato “humano”, no lo llamarán presidio. Nos pondrán gimnasios “in company”, y clases de yoga en la oficina. Todo para que no nos vayamos, para que estemos allí 24 horas, como los muebles, como las computadoras, como el edificio mismo, lejos de nuestros hijos, de nuestras parejas, de nuestros amigos, de otros seres humanos, del afecto y del amor. Y, si no queda más remedio, la compañía nos proveerá de celular, laptop, palm o todo lazo que impida que nos desconectemos. Nos necesitan productivos. Hay que proveer al consumo. Y, además, cuanto más prisioneros estemos de este modelo de trabajo, menos podremos pensar en el sentido y el significado de nuestra propia existencia, más hondo se hará el vacío y más hambrientos y desesperados estaremos como consumidores. El poco tiempo que permanezcamos fuera de la celda, lo usaremos en consumir desesperadamente. Este es un proceso democrático: abarca al cadete y al presidente de la compañía, al accionista mayoritario y al director, a la recepcionista y al encargado de mantenimiento.

RESPONSABILIDAD, CONSUMO Y TRABAJO

UN MUNDO FELIZ

Ellos, LOS gurúes del consumo (los que producen lo que no necesitamos y los que nos lo venden sin escrúpulos y sin ética) son responsables. Sus actos tienen consecuencias. Las tienen aunque hayan cerrado con doble llave las ventanas y las puertas de sus conciencias. También nosotros somos responsables. Nuestros actos como consumidores tienen consecuencias. Si nos quedamos en un lugar pasivo, como pollos de sesenta días, el primer efecto será sobre nuestra vida personal. A nadie podremos culpar de su vacío de sentido. Otra secuela caerá sobre el mundo que habitamos: el medio ambiente depredado, prójimos hambreados, con sus habitats destruidos. Podremos tratar de escapar a las consecuencias de nuestras acciones. Nos proveerán de puertas falsas para fugarnos por unos instantes. Sabremos que son falsas, pero aceptaremos la tragicomedia. Y a la salida de esa puerta habrá más de ellos: los que nos prometerán la evasión química. Pastillas para dormir, para no sufrir, para olvidar, para no dormir, para erectarnos. Nada nuevo, nada que no haya previsto Aldous Huxley en su premonitoria y lúcida novela *Un mundo feliz*.

Otro escritor, el poderoso y descarnado Charles Bukowski, dice en su cuaderno de memorias (*El capitán salió a comer y los marineros tomaron el barco*) acerca de esta vida “facilitada” por los espejos de colores del consumo: “Dentro de cuatro mil años no tendre-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

mos piernas, nos menearnos hacia delante usando el culo o quizá, simplemente, seamos rastros que lleve el viento. Cada especie se destruye a sí misma. Lo que mató a los dinosaurios fue que se comieron todo lo que había a su alrededor y luego tuvieron que comerse los unos a los otros, y al final quedó uno y ese hijo de puta se murió de hambre”. ¿Por qué no habría de ocurrirnos? ¿Somos acaso una especie privilegiada? A lo sumo somos una especie con conciencia. Que la tengamos no quiere decir que la usemos. Pero tenerla nos cierra los escapes. No podemos huir de la responsabilidad. Como consumidores y como productores, somos responsables del modo en que trabajamos, del modo en que consumimos, del modo en que producimos, del modo en que nos vinculamos, del modo en que nos relacionamos con el medio ambiente, con la Naturaleza, con los otros seres vivos. Negar esto, buscar excusas para no afrontarlo o postergarlo, sería, en mi opinión, habernos declarado simples objetos de *esos* sujetos. Nos habremos reducido a la categoría de meros medios puestos al servicio de los fines de otros. Y una relación sujeto objeto, no enaltece jamás a la condición humana, la degrada.

No hay consumo inocente. Todo consumidor es responsable. Y habla de una manera de vivir. Esto significa que consumir no es un pecado. Un consumo conciente y responsable es aquel que se destina a la satisfacción funcional de necesidades reales. Necesitamos tener información para ello. Quiere decir que in-

RESPONSABILIDAD, CONSUMO Y TRABAJO

formar al consumidor (a través de la comunicación, la publicidad) es brindar un servicio. Pero hay diferencias éticas profundas entre brindar un servicio y manipular conciencias. Producir lo que de veras la gente necesita e incluir en el concepto *gente a todos* los que necesitan y no sólo a los que dejarán de ser personas para convertirse en *targets*, equivale a una producción responsable (a propósito, *target* significa blanco, objetivo; quienes nos llaman *target* para vendernos algo nos consideran, lisa y llanamente, una presa).

¿Es ingenua mi propuesta del comienzo de este texto? ¿Es de iluso imaginar una sociedad de seres que conviven, comparten, co crean, se comunican, se reconocen prójimos, son exploradores espirituales, cultivan las diferentes formas del amor? Creo que no es ilusoria ni ingenua. Es peligrosa. Y aquellos para quienes es peligrosa, harán lo posible (tienen poder y medios) para desvirtuar, desalentar, descalificar ese propósito. Serán responsables de eso. Como cada uno de nosotros lo es del modo en que vive.

RESPONSABILIDAD Y CULPA

LOS PELIGROS DEL SUBE Y BAJA*

No sé si existe alguna estadística al respecto, pero sospecho que una de las palabras más usadas en nuestro idioma y en nuestro tiempo es *culpa*. Basta con oírnos y con oír a los demás. “Vos tenés la culpa”. “La culpa fue de José”. “Y todo por culpa de Juanita”. “Me siento culpable”. “Me hicieron sentir culpable”. “¿Quién tuvo la culpa?”. “Quiero saber quién fue el culpable”. “Arrastro esta culpa desde...”. “Ojalá que la culpa no te deje vivir”. “La culpa no me dejó dormir”. “Quiero que se sienta culpable”. “No puedo vivir con esta culpa”. Según la Ley, toda persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Según la experiencia cotidiana, toda persona parece ser culpable hasta que se

* Una versión de este capítulo se publicó en la revista *La Nación*, el 30 de octubre de 2004 con el título de Más responsables, menos culpables.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

compruebe lo contrario. Pero para cuando esto ocurre, suele haber ya daños irreparables e irreversibles, tales como amistades perdidas, sociedades disueltas, parejas rotas, proyectos abandonados, vínculos fraternales, paternos o filiales quebrados, lazos familiares destruidos, autoestimas arrasadas, almas ensombrecidas, represalias tomadas y otras variantes.

Quien se atreve a culpar obtiene un lugar de poder. Se convierte en juez, determina castigos, exige reparaciones. A causa de su herida, real o presunta, pasa al centro de la escena. Su ofensa lo habilita a repartir puniciones, azotes y anatemas. Le da prerrogativa sobre el culpable. Pocos poderes pueden y suelen ser usados de manera tan arbitraria como el que un ofendido tiene sobre su ofensor.

AGARRANDO CULPAS AL VUELO

Te señalo como culpable de mi pena, de mi dolor, de mi desdicha, de mi frustración, de mi rabia, de mi desencanto, de mi pérdida. Y, en el acto, eso me da derechos sobre ti. El vínculo entre culpador y culpado es uno de los más experimentados y arraigados en nuestra cultura. No obstante, si alguien busca en el diccionario (incluido el de la Real Academia en su última versión) la palabra *culpador*, no la encontrará. Aparecen, en cambio *culpado*, *culpable* o *culpabilidad*. Si es cierto que el lenguaje

RESPONSABILIDAD Y CULPA

refleja los modos en que pensamos y vivimos, pareciera que existe el culpable, pero no el adjudicador de la culpa. Es decir, cualquiera puede ser culpable o culpado. Da pie a suponer que hasta es posible la existencia de la culpa o el culpado sin necesidad de un culpador.

Muchas personas viven, así, en estado de culpa. Padres que sienten, ante sus hijos, la culpa de ejercer sus funciones, de establecer normas y de fijar límites. Creen que, al hacer lo que les corresponde, limitan la libertad de aquellos y temen ser castigados con el retiro del cariño. Hombres que sienten la culpa de no ser tan exitosos (sobre todo en términos económicos) como los mandatos familiares o sociales exigen. Estos hombres sienten que no están a la altura de su condición y que no les será reconocida su masculinidad. Mujeres que se sienten culpables de no querer tener hijos y temen que el futuro las castigue con el arrepentimiento, la infelicidad o la soledad. Personas que se sienten culpables de no hacer felices a otras personas, aunque para eso fuera necesario que se violentaran o postergaran a sí mismas. Hijos que se sienten culpables de no responder a las expectativas de sus padres, más allá de que éstas sean arbitrarias o desmedidas.

El catálogo de culpables es tan amplio como variado, el virus de la culpa se regenera y muta con tanta velocidad que basta con que unos pocos desertores de la responsabilidad estén atentos a esto para que nos encontremos bajo la tiranía de la culpa y en el reinado de la irresponsabilidad.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

DOS TIPOS DE IRRESPONSABLES

Donde florece la culpa escasea la responsabilidad. Esto sucede con la regularidad de una ley. En efecto, cada culpado libera al culpador del ejercicio de la responsabilidad. Podríamos verlo de la siguiente manera. En todo grupo social existe un monto energético que adopta la forma de la culpa o la de la responsabilidad. Como son conformaciones opuestas de la misma materia, cada vez que varía el monto de una se modifica también el de la otra. Así, a mayor responsabilidad circulante, nos encontraremos con menos culpabilidad. Y viceversa.

Sostengo y repito a lo largo de estas páginas mi concepto de responsabilidad. Es la conciencia de que todos mis actos tienen consecuencias, la capacidad de preguntarme por cuáles serán esas consecuencias y la actitud de hacerme cargo de ellas. Cuando digo acciones, incluyo en esta noción también lo que no se hace o lo que no se dice. Así, incluso puede ser responsable quien, en conocimiento de los resultados de no hacer ciertas cosas, se haga cargo de tales consecuencias. No es culpable de esas derivaciones: es responsable.

Frente a esto, hay dos tipos de *irresponsables*. Uno es el que ignora o pretende ignorar que toda acción tiene repercusiones y, por lo tanto se desliga de ellas. Alguien se hará cargo. Otro es el que, cuando se producen los rebotes, y estos son negativos, problemáticos o dolorosos, busca de inmediato a un culpable (que pue-

RESPONSABILIDAD Y CULPA

de ser un hijo, un amigo, la pareja, un jefe, un empleado, un cliente, un proveedor, un maestro, el Estado, el estúpido que no miró, el tarado que se olvidó, el Diablo, el tiempo o hasta el mismo Dios; el irresponsable de este tipo siempre encontrará un culpable). Para él, dar con un causante significa trasladar su responsabilidad hacia la espalda de éste. Si tiene la “suerte” de encontrarse con una persona permeable a la culpa, el irresponsable habrá logrado la ecuación perfecta. Su responsabilidad “desaparece” y gracias a una manipulación habilidosa y vaciada de ética, se transforma en la culpa del otro. Hará pasar el gato de la culpa (ajena) por la liebre de la irresponsabilidad (propia). Una suerte de estafa moral.

CAMBIAR EL AGUA DE LA PECERA

Nuestra cultura y nuestros vínculos están atravesados por este fenómeno. Se explicita en las actitudes de políticos, funcionarios, profesionales, padres, maridos, esposas, amantes, fabricantes, administradores, propietarios, conductores, peatones, militares, civiles, inquilinos, amigos, hermanos, dirigentes, dirigidos, empleadores, empleados, dictadores, asesinos o torturadores que no se hacen cargo de las consecuencias de sus acciones y proponen rápidamente un culpable. Si el pez se nutre del agua en la que flota, nosotros

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

somos habitantes de una pecera cuyo líquido esencial es el agua de la irresponsabilidad y la culpa. Sólo al trascender la pecera, al poder observar que otras aguas y otros medio ambientes son posibles, podemos empezar a transformar nuestra conducta y, con ella, la ética y la moral de nuestras relaciones.

Hacerse cargo es poner al día el propio equipaje existencial. Se trata de viajar más liviano, de *responder*. De hecho, éste es el verbo que se encuentra en la etimología de la palabra responsabilidad. Es responsable quien *responde* con su palabra, con su presencia, con su actitud, con sus gestos, con sus actos cuando se presentan las consecuencias de sus acciones.

El responsable lo es, en primer lugar, de su propia vida. No la entrega en consignación a los demás para echarles luego la culpa de lo que hacen o no hacen con ella. El responsable no busca culpables y, por esa misma razón, contribuye a hacer más clara la vida de quienes lo rodean y más fluidos y armoniosos sus vínculos con ellos. Con su actitud mejora el mundo.

Viene al caso, a propósito, dejar sentado que el responsable no es un sacrificado que carga sobre sus espaldas las consecuencias para liberar a los otros. Nada de eso. Es responsable de sus actos y los ejecuta en estado de conciencia.. La responsabilidad es, en definitiva, una cuestión de actitud, una manera de estar en el mundo y de vivir la vida. Como lo es la culpabilidad.

Hay quienes cargan con cualquier culpa que ande suelta, sea consecuencia, o no, de sus actos. Estos cul-

RESPONSABILIDAD Y CULPA

pables de tiempo completo son el plato favorito de los irresponsables. Juntos pueden generar vínculos de sufrimiento, de inequidad y de infelicidad. Por eso es importante, para la transformación y el mejoramiento de las relaciones entre las personas, una fervorosa, conciente y constante educación en la responsabilidad. Esto se puede hacer como padre, como político, como gobernante, como maestro, como empleador, como médico, como terapeuta, como abogado, como entrenador o como protagonista de cualquier vínculo. La herramienta educadora es muy simple. Lleva nombres como actitud, conducta, acción o ejemplo. No hay que importarla. Está en nosotros, se alimenta de la conciencia y sólo necesita ser activada. El fruto de su acción será nutricio y sanador: un mundo con más responsables y menos culpables.

RESPONSABILIDAD, ÉXITO, PODER Y DINERO

NO TODOS LOS GATOS SON PARDOS

Ya no sos mi Margarita, ahora te llaman Margot, dice la letra de un tango que sintetiza en ese verso una creencia sobre la que se han basado infinidad de novelas, de telenovelas, de películas, de relatos barriales y familiares y de leyendas urbanas. Según esa creencia, el poder, el dinero, la fama o el éxito transforman a las personas, las hacen egoístas, codiciosas, arbitrarias, autoritarias.

Como suele ocurrir con las creencias, también ésta se manifiesta en frases, acciones, consejos y actitudes. Así, hay quienes no quieren ningún contacto con la política, porque el poder que proviene de ella, dicen, ensucia las manos y las almas. Otros aconsejan a hijos, amigos y demás seres cercanos acerca de la conveniencia de mantener un perfil bajo, de no apuntar a grandes objetivos para evitar el inevitable mareo que los logros importantes traen aparejado. Están los que reniegan de toda posibilidad de trascendencia pública convencidos de que ésta conlleva el peligro de olvidar o trai-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

cionar a seres queridos, a lugares entrañables de la infancia y otros extravíos por el estilo.

Debido a que las creencias instalan verdades a priori, quienes adhieren a esta convicción sobre el dinero, el poder y el éxito acaban por encontrar en la realidad circundante las pruebas que avalan su prejuicio. Entonces empiezan a demostrar cómo Pepe, Pepita, Juancho o Juanita, que eran personas humildes, sensibles y sencillas, han dejado de serlo para convertirse en demonios ambiciosos, voraces e impiadosos desde que, ingenuos o desprevenidos, fueron inoculados con el virus letal.

BENEFICIARIOS DIRECTOS

Esta creencia, tan arraigada y difundida, al punto en que parece ser una ley *sine quanon* de la naturaleza humana, parece haber sido creada y echada a rodar por los voraces, los arbitrarios, los autoritarios, los egoístas, los desprovistos de empatía y de compasión, los corruptos. Desde mi punto de vista, la ecuación es sencilla. Cuanto más gente se aleje de los espacios de poder, cuántas más herramientas de poder estén vacantes, cuantas menos personas busquen trascender a través de sus logros, cuando escaseen los que exijan su porción de la riqueza común existente, habrá menor cantidad de competidores, más para repartir entre me-

RESPONSABILIDAD, ÉXITO, PODER Y DINERO

nos y, como consecuencia, una enorme capacidad de manipulación de los demás concentrada en pocas y poderosas manos..

Los egoístas, los arribistas, los impiadosos, los arbitrarios, los corruptos y los autoritarios se convierten, así, en los beneficiarios directos de la creencia de que el poder, el dinero y el éxito corrompen y arruinan a quienes toman contacto con ellos. Este es el efecto paradójico de una creencia errónea.

¿Cómo nace un mecanismo de este tipo? En mi opinión, existe un lazo muy fuerte entre la idea que acabamos de explorar y la ausencia o el desconocimiento de la **responsabilidad**. Quizá no esté de más recordar qué es la responsabilidad. Se trata de la capacidad de asumir las consecuencias de los propios actos y de responder por ellas.

Vivimos en una cultura que confunde con frecuencia formalidad u obediencia con responsabilidad. Solemos creer que alguien respetuoso de las formas y de los horarios (no importa si lo hace por convicción, por temor, por resignación o por conveniencia), es responsable. En el mejor de los casos podríamos decir que esa persona es cumplidora, pero habría que verla actuar en diferentes situaciones para saber si, además, *es* responsable. Porque la responsabilidad auténtica y esencial encuentra en la cultura contemporánea pocos ejemplos y menos estímulos.

Es más común descargar en otros (ya sean personas, objetos o circunstancias) la propia responsabilidad.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

Así lo hacen un presidente cuando dice que su ineficacia se debe a la pesada carga que heredó del gobierno anterior, los padres que delegan en la televisión, en la computadora, en una hamburguesería o en la escuela la crianza de sus hijos, los futbolistas que achacan su derrota al árbitro, el cónyuge que culpa a la aparición de una tercera persona por la crisis de su pareja, o aquel que se escuda en que su celular se quedó sin batería para no hacer la llamada que otra persona esperaba, y así casi hasta el infinito.

TRES EXCUSAS

Cuando se le atribuyen al poder, al dinero y al éxito el atributo de cambiar a las personas para mal, se da pie a un doble ejercicio de evasión de la responsabilidad. En primer lugar, aunque suene paradójico, quedan libres de responsabilidad aquellas personas que, en contacto con el dinero, el poder o el éxito, ponen en evidencia aspectos despreciables de sí. Y, en segundo término, se justifica el argumento de que hay que evitar los lugares de poder, despreciar el dinero o mantener perfiles bajos aunque las propias realizaciones merezcan un reconocimiento público.

Si evitamos los lugares de poder por considerar que “el poder corrompe” estamos mostrando desconfianza acerca de nuestra propia integridad. Si creemos que

RESPONSABILIDAD, ÉXITO, PODER Y DINERO

no debemos gestionar que se nos pague lo que merecemos o que poner los temas de dinero en lugares prioritarios es una muestra de ordinariez, codicia o insana ambición, quizá hablemos de la inseguridad acerca de nuestra propia valía. Si creemos que aceptar el reconocimiento público es una muestra de vanidad y de soberbia, acaso nos sintamos, o nos sepamos, fáciles presas de la inmodestia y de la fanfarronería.

Por otra parte, al desertar de esos temas dejamos que el poder, el dinero y el éxito queden a merced (y sean cuestiones privativas) de los autoritarios y arbitrarios, de los corruptos, de los fatuos y soberbios.

EL FACTOR HUMANO

Ni el poder, ni el dinero ni el éxito ponen en las personas elementos o características que no hayan estado en ellas desde siempre. Sólo que sin poder, dinero o éxito esos aspectos no encontraban las condiciones propicias para manifestarse. Se puede ser autoritario sin poder, se puede ser inescrupuloso y corrupto sin dinero, se puede ser soberbio y prepotente desde el anonimato. Poder, éxito y dinero son reflectores que iluminan y ponen en evidencia rasgos que estaban en el equipamiento de las personas.

Poder, dinero y éxito son abstracciones. Se cargan del valor con que los significan los individuos que ac-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

ceden a ellos. Si una persona tiene proyectos que mejorarán la vida de su comunidad, de otras personas, del mundo en que vivimos, si tiene fines altruistas y compasivos, es deseable para el mundo que tenga poder porque eso le permitirá transformar para bien el entorno humano. Y es deseable que también cuente con dinero, con mucho dinero, para ello, que se atreva a ganarlo, a defenderlo, a generarlo o a pedirlo. Por supuesto, tendrá reconocimiento y su éxito podrá servir de estímulo a otras personas para que se sumen a ese emprendimiento.

Si esa persona tiene en claro sus prioridades, sus principios y sus valores, no habrá ningún riesgo cuando entre en relación con el dinero, el poder o el éxito. Sólo habrá beneficiados. El poder no es avasallante, el dinero no es sucio, el éxito no es vano. Hay personas avasallantes y depredadoras que alcanzan poder. Hay individuos deshonestos que acumulan dinero y lo hacen por medios sucios y hay seres superficiales y vanos que se envanecen aun más con el éxito. Son las personas, no los conceptos, las determinantes.

Poder, éxito y dinero son símbolos carentes de contenido, hasta que las acciones humanas los cargan de él. Si dinero, poder o éxito fueran fines en sí mismos, ¿qué cantidad de cada uno sería necesaria para alcanzar el objetivo? Cuando eso ocurre no hay medida. O la medida es *todo*. Cualquier monto que no sea la totalidad resulta insuficiente y genera insatisfacción, obsesión o angustia. Distinto es cuando dinero, poder y éxi-

RESPONSABILIDAD, ÉXITO, PODER Y DINERO

to se ven como recursos, como medios que son trascendidos por un fin que los dignifica. Cuando se habla de responsabilidad no todos los gatos son pardos. No cualquiera se arruina con el dinero, el poder o el éxito.

Margot ya estaba en Margarita. Cada uno de nosotros sabe su verdadera escala de valores y conoce qué cosas dan sentido a su vida y la hacen trascendente. Arbitrariedad, deshonestidad y vanidad no son pócimas venenosas capaces de convertir en sujetos despreciables a quienes son personas responsables.

RESPONSABILIDAD, PATERNIDAD Y MATERNIDAD

LA AUTORIDAD QUE NACE DEL AMOR

Un vínculo es la unión o ligazón que existe entre una persona y otra. En ningún vínculo el contenido del mismo está dado de por sí, se construye a través de actos, palabras, gestos, actitudes. En la relación que une a padres e hijos, los padres son creadores. Esto hace único a este vínculo porque, como en ningún otro, dos personas deben crear a una tercera para que el lazo sea posible. Todas las otras relaciones que podamos enunciar, se dan entre individuos que ya existen y a quienes la vida pone en contacto. Pero para que haya un hijo (y una relación padres-hijo) es necesario crear a ese ser. Engendrarlo.

Ser padre es, desde el mismo momento de la decisión de concebir un hijo, una tarea de tiempo completo. Ser padre es, vale la pena repetirlo, crear una vida y hacerse responsable de ella, instrumentándola para que encuentre su propia autonomía y su cauce en el

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

mundo. Ser padre es construir una relación de presencia, respeto y autoridad (no de ausencia y desatención suplidas por el autoritarismo tardío). Ser padre es un ejercicio de amor continuo que se manifiesta, a menudo, en postergación de los tiempos propios, de los deseos propios y de los intereses propios para priorizar las necesidades que garanticen el desarrollo nutricional de la vida creada. Ser padre no es ni jugar con muñecas, ni hacerse de un socio para ir a la cancha, ni tener una compinche para salir de compras, ni convertirse en el mejor amigo de un o una adolescente, ni recibirse de ídolo, ni transformarse en un titiritero que maneja a gusto los hilos de un muñeco hecho a imagen y semejanza del propio deseo. Los conceptos maternidad y paternidad figuran, acaso, entre los más inflexibles, abarcadores e ineludibles sinónimos de responsabilidad.

EL LUGAR DE LA CONCIENCIA

Nunca está de más recordar qué significa responsabilidad. Se trata de la aptitud que tenemos las personas para responder por las consecuencias de nuestros actos. Todos nuestros actos tienen consecuencias, afectan a otras personas, a otros seres vivos, a nuestra comunidad, a nuestro medio ambiente, al planeta (físico y espiritual) que integramos y que nos contiene. No somos responsables sólo cuando tomamos conciencia de

RESPONSABILIDAD, PATERNIDAD Y MATERNIDAD

ello. No somos responsables sólo cuando nos damos cuenta o cuando decidimos serlo. Somos responsables *siempre*. La responsabilidad es inherente a nuestra condición de seres humanos, no se elige, no se discute. Porque somos responsables somos libres. Siempre, aun en cautiverio, hay cosas que podemos hacer y cosas que elegimos no hacer. Y somos responsables de ello. Cuando tomamos conciencia de la responsabilidad avanzamos en nuestra maduración, nos elevamos en el nivel de nuestra evolución.

La responsabilidad derivada de convertirse en madre o padre significa hacerse cargo de guiar, de orientar, de limitar, de preguntar, de responder, de constatar, de proponer, y significa hacer un ejercicio conciente de cada una de esas acciones. La responsabilidad es siempre un verbo, no un sustantivo. Los padres que establecen límites y orientación son tan responsables como los que no lo hacen. Los padres que temen a las reacciones de sus hijos, eligen “comprar” el cariño de ellos a través de una permisividad carente de amor, y son responsables de las consecuencias provenientes del vacío que producen con su actitud. Vacío de referencias, vacío de valores, vacío de contenidos. Los padres que, como consecuencia de sus decisiones, de sus actitudes orientadoras, de sus acciones limitadoras afrontan discusiones y desencuentros dolorosos, se topan con los hoscos rostros queridos de sus hijos o con las a menudo injustas y dolorosas reacciones de éstos, apuestan a que, si mantienen su posición con amor y con firmeza,

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

con respeto y con constancia, habrá un reencuentro posterior. Esos reencuentros suelen tomar su tiempo, sin embargo mi propia experiencia como padre y las que he podido compartir y acompañar, me han enseñado que efectivamente ocurren y que son iluminadores y reparadores. Son verdaderos actos de amor, fruto del ejercicio responsable de la paternidad.

UNA FLOR DE INVERNADERO

Vivimos en una sociedad en la cual la responsabilidad se ha convertido en una flor extraña, que sólo crece en algunos invernaderos, a la espera de una primavera posible. Una flor que es pisoteada por políticos, funcionarios, prestadores de servicios, comunicadores, ciudadanos al volante, ciclistas, peatones, por la publicidad irresponsable, por productores de tabaco y bebidas alcohólicas, por ciudadanos que ensucian y degradan los espacios públicos y comunes, por fabricantes de medicamentos que enferman, por manipuladores variados de esperanzas y necesidades. Esa flor se riega mucho menos de lo deseable, me arriesgo a decirlo, incluso en los ámbitos privados, como la familia, la pareja o la propia individualidad. Cada irresponsabilidad cometida, por acción o por omisión, desvaloriza, daña y menoscaba la vida y la dignidad de otro.

RESPONSABILIDAD, PATERNIDAD Y MATERNIDAD

Cuando se deserta de la responsabilidad en el ejercicio de la paternidad, la cuestión se agrava. En ese caso, se mancilla la dignidad de una vida creada por nosotros. Insisto en esto: todos nuestros vínculos (el de hijos, pareja, amigos, socios, compañeros y todos los imaginables) se establecen con alguien que previamente existía, estaba, como nosotros, en el mundo. El vínculo con un hijo nos une a alguien que hemos creado expresamente. Lo hemos engendrado no para dejarlo a la deriva, náufrago en el mar de la existencia. Lo hemos hecho para guiarlo y educarlo. No es un juego. Es una responsabilidad, cuya deserción cobra precios altos.

El modo más habitual de desertar de la responsabilidad es echándole la culpa a otro. En el caso de la paternidad, la responsabilidad desatendida suele ser desviada hacia la escuela, la televisión, los padres del compañerito, los organizadores del festival que termina en una tragedia criminal, el Estado en sus diferentes variantes, el quiosquero impune que vende alcohol, el *dealer* criminal que provee droga, el publicista hipócrita que manda mensajes degradantes, sin ética ni moral, etc. Todos ellos tienen su cuota propia y específica, perfectamente identificable, de responsabilidad. La tienen, aunque miren para otro lado. A todos ellos, y a algunos más, solemos envolverlos con la denominación genérica de “la sociedad”. Hablamos de “la sociedad en que vivimos”, y hasta preguntamos con rabia y desaliento: “¿Qué se puede pretender de esta sociedad?”. “Sociedad” es una abstracción que tanto da pa-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

ra un bordado como para un cosido. Pero “sociedad” es sólo el nombre de un conjunto de seres que la conforman y que le dan uno u otro perfil, una u otra característica según sean sus actos y sus actitudes. Los padres somos, como todos, la sociedad. Y en el tema de los hijos, somos la primera referencia de “la sociedad”. Eso es indelegable. Para que todos los nombrados antes pudieran meter su cuchara, fue necesario que hubiera un plato. Nosotros servimos el plato de nuestros hijos. Personas responsables crean sociedades responsables. Personas que llenan sus vidas de contenidos trascendentes, crean una sociedad espiritualmente fecunda. Las que no, abonan una sociedad en la que predomina el vacío existencial, el desinterés por el prójimo, aún por el prójimo más próximo.

AUTORITARIOS Y AUTORIZADOS

SER PADRE, insistiré, no es convertirse en ídolo de los hijos, ni en el mejor amigo (o cómplice) de ellos, no es ser el proveedor de sus deseos (ese celular, ese viaje, esa ropa, esa zapatilla de marca, ese auto, esa fiesta, esa computadora para mí solo, ese DVD personal), no es pretender ser tan joven como ellos. La paternidad y la maternidad no pueden remitirse a una simple frase del tipo “yo no quiero ser con mis hijos

RESPONSABILIDAD, PATERNIDAD Y MATERNIDAD

un padre autoritario como fue el mío, así que les doy libertad y de paso disfruto de ellos”. “Quiero que tengan todo lo que a mí no me quisieron o no pudieron comprarme”. En ideas de ese tipo anida un riesgo que Guillermo Jaim Echeverry, un educador de profunda y necesaria lucidez, describió así en un texto titulado *Como la hiedra* (revista *La Nación*): “Por eso la absurda tolerancia actual, la cómoda resignación ante la dificultad de enseñar, el horror ante la necesidad de hacer respetar reglas, no oponen resistencia alguna a las personas, lo que las deforma hasta lo monstruoso. Lo mismo que le sucede a la hiedra que carece de apoyo y de límites”.

No ser padres autoritarios es un buen punto de partida para crear un vínculo de respeto. Pero, desde allí hay un largo camino de responsabilidad. El autoritarismo nace de la ausencia emocional, de la falta de empatía, del desconocimiento hacia el hijo como una persona en sí. Cuando todo eso se ignora, la única forma de transmitir es a través de la imposición, el castigo o el miedo. En el otro extremo se encuentra el padre *autorizado*. Alguien que, transmite valores a través de actos, alguien cuya presencia se manifiesta en gestos, en palabras, en actitudes, en preguntas que hacen sentir a los hijos registrados, percibidos en sus sentimientos (aunque estos no sean compartidos). Este padre está autorizado a poner límites y fijar orientaciones. Lo autoriza el respeto que genera en los hi-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

jos, aun cuando haya desacuerdos. El padre autoritario produce miedo y resentimiento, no es responsable, no enseña responsabilidad. El padre autorizado produce respeto y amor, es responsable, enseña responsabilidad.

La tarea de ser padre encierra *también* momentos difíciles, de desacuerdos profundos, de dudas, encierra *también* la confrontación con malas caras y malas respuestas en lugar de abrazos, besos y elogios, encierra *también* momentos de hartazgo junto a los de alegría y satisfacción. Todo esto se elige al crear una vida y hacerse responsable de ella. Y en la elección hay una apuesta amorosa a largo plazo. Si no se lo sabía entonces, en el momento de engendrar, o si no hubo conciencia de lo que se hacía, hay toda una vida por delante para aprenderlo. En el aprendizaje conciente y responsable de la paternidad y de la maternidad, existe un aspecto trascendente. El tipo de padres queelijamos ser conformará, desde nosotros y más allá de nosotros, el tipo de mundo que dejaremos. Toda vida es fugaz si se la observa en el contexto de la eternidad. Sin embargo, toda vida deja una huella en esa eternidad. Somos responsables de esa huella. La paternidad y la maternidad (biológicas o adoptivas, de sangre o de corazón, porque las reflexiones que propongo aquí valen para ambas) se abren como espacios especialmente sensibles de esa responsabilidad. La presencia de los padres en la vida de sus hijos puede regularse, en sus

RESPONSABILIDAD, PATERNIDAD Y MATERNIDAD

grados de intensidad y cercanía, es necesario hacerlo y debe ser resultado de una interacción que acompañe a los distintos momentos de evolución en la vida de ambos. La ausencia muchas veces no tiene remedio. Y tampoco tiene culpables. Sólo responsables.

RESPONSABILIDAD Y FELICIDAD

NO ES UN DERECHO, NADIE TE OBLIGA

Hace un tiempo fui invitado a escuchar una conferencia en la cual un famoso orador iba a referirse a la felicidad. Como el amor, como la muerte, éste es un tema perenne, sin fecha de vencimiento. Otras cuestiones capturan a menudo nuestra atención y nuestra aflicción. Entre ellas la situación económica, los planes políticos de nuestros gobernantes, la situación social, ciertos fenómenos y catástrofes naturales. Son temas urgentes. Pero lo urgente no es necesariamente lo importante. Cambia un factor económico, salta un ministro como salta un fusible, se cierran las heridas de una tragedia, perece una tendencia social, bajan los índices de desempleo y aquello que era urgente se convierte en anacrónico. Pero la felicidad, el sentido de la vida, la muerte, el amor, no son asuntos urgentes, sino cuestiones importantes, esenciales, que trascienden las coyunturas. Se trata de preguntas siempre abiertas,

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

siempre inquietantes, que en definitiva, y aunque no seamos conscientes de ello, fundamentan actitudes que asumimos en la vida, nos introducen en el meollo de nuestra existencia.

De manera que allí estaba yo, en un auditorio colmado, junto a cientos de personas, dispuesto a explorar, una vez más, esta cuestión. No viene al caso extrapolar aquí el contenido de la conferencia. Sólo quiero recordar las dos ideas centrales sobre las que giró el orador y a las que regresó una y otra vez para reforzarlas, recordarlas, impregnarlas en la mente de su público. Una: la felicidad es un derecho que todos tenemos. Dos: aún más, la felicidad es un deber que se nos impone. *Tenemos el derecho de ser felices y es nuestro deber serlo*, afirmó.

Vi rostros encendidos, aplausos entusiastas, cabezas que afirmaban contundentemente y un orador poco menos que levantado en andas. Confieso que me ganó el estupor y una gran inquietud. Miré a aquella gente. ¿Estaban dispuestos y en condiciones de reclamar su derecho a la felicidad? ¿Ante quién lo harían? Yo no hubiera sabido a quién dirigirme con mi reclamo. ¿Estaban en condiciones de cumplir con su deber? ¿Quién se los demandaría y cuál sería la penalidad en caso de que no lo hicieran? Por último me pregunté qué número de mandamiento llevaría el derecho y la obligación de ser feliz y en las tablas de qué ley estaría inscrito.

Salí del colmado auditorio con una convicción. Muchas de aquellas personas, eufóricas en aquel mo-

RESPONSABILIDAD Y FELICIDAD

mento, podrían convertirse en fácil presa de la impotencia, de la decepción y, por qué no, de la depresión. Y para eso sólo bastaba con que creyeran al pie de la letra en el mandamiento.

FELICIDAD, FELICIDADES

En mi opinión, la felicidad no es ni un derecho ni un deber. Se trata de un estado de plenitud al que se llega por diferentes circunstancias o caminos y en el que se permanece durante periodos que a veces son efímeros y a veces se extienden durante varios tramos de la vida. Hay quienes se la fijan como una meta y jamás la alcanzan. Esto se debe en buena medida a que se proponen *ser felices*. ¿Pero se puede ser feliz?

En filosofía se llama *ser* a aquello que hace, valga la redundancia, que los entes *sean*. ¿Es la felicidad lo que nos da identidad, lo que hace de cada individuo alguien idéntico a sí mismo, con una mismidad que lo hace diferente de todos los otros? Si se pudiera ser feliz, si la felicidad nos diera identidad, si la felicidad fuese lo mismo para todos, todos seríamos uno, sin diferencias. Sin embargo hay personas que se sienten felices y otras que no. Hay personas que se sienten felices por motivos que no provocan la felicidad de otras. Hay personas que se sienten felices en un momento de sus vidas e infelices en otros.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

La felicidad es, pues, etérea, voluble, abstracta, indefinible. No se trata de un ente ideal (como los números, como la idea de igualdad, como se puede definir la relación entre dos sujetos u objetos). Tampoco es un ente sensible, captable por los sentidos (como un árbol, una persona, una nube). Tampoco es un valor, que, como ocurre con los valores, genera reacciones de adhesión o de rechazo, ni marca una actitud ante la vida. La felicidad no se adopta, como se adopta un valor. Puede ser el resultado de cómo se viven y aplican los valores, pero no es uno en sí.

De manera que la felicidad no es un tema ontológico (relativo a la identidad). Por lo tanto “ser” feliz resulta un cometido un tanto incomprensible. El derecho a ser feliz se torna inasible, difícil de fundamentar. Casi como exigir el derecho a volar. Probablemente a muchos nos gustaría volar, pero no cuaja con nuestra identidad. ¿Tenemos derecho a volar? ¿Dónde se lo invoca, quién nos lo otorga? ¿Tenemos ganas de volar? Yo, sin dudas, sí. ¿Pero mis ganas son un derecho? ¿Es injusto que yo no pueda mover mis brazos y elevarme por el aire? No es justo ni injusto, simplemente no es una cuestión de identidad. ¿Tenemos deseos de ser felices? Salvo los nihilistas acérrimos, podemos arriesgar que sí. ¿Nuestra aspiración a la felicidad es de por sí un derecho? ¿Es injusto no ser feliz?

Lo injusto es, en muchos casos, aquello que provoca la infelicidad de las personas. Es injusto que la necesidad y el fanatismo de quien preside, gracias a una elec-

RESPONSABILIDAD Y FELICIDAD

ción fraudulenta, el país más poderoso del mundo, decida invasiones de países, genocidios de niños y adultos, destrucciones masivas. Es injusto que, en un planeta que puede alimentar a todos sus habitantes, cientos de millones de ellos mueran de hambre cada año mientras otros, sensiblemente minoritarios, engordan sus barrigas y sus cuentas bancarias, corrompen el medio ambiente, dilapidan alimentos y recursos no renovables. Todo eso genera mucha infelicidad. Lo injusto no es la infelicidad, sino quienes la provocan y lo que hacen para causarla. Aún así, ¿es injusto que Hitler haya muerto infeliz por no ver cumplido su sueño delirante de un mundo sin judíos? ¿O que Augusto Pinochet haya vivido unos últimos años infelices a medida que se descubría, por si hiciera falta, qué clase de carroña era? En todo caso, quienes impidieron la felicidad continua y completa de estos criminales (o de otros) hicieron justicia.

Si la felicidad fuera un derecho, tanto la podrían reclamar un niño iraquí como un genocida. Y si fuera un deber, cualquiera podría destruir a otros invocando el cumplimiento del mismo. Los deberes devienen en línea directa de valores que se adoptan y se actúan en la vida. Un gobernante tiene el deber de actuar con honestidad. Un padre tiene el deber de velar por la vida de su hijo pequeño con responsabilidad. Un médico tiene el deber de velar por la salud de su paciente. Un juez tiene el deber de actuar con ecuanimidad. Dos personas que construyen juntas un vínculo de amor, de amistad,

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

de fraternidad o de solidaridad tienen el deber de actuar con sinceridad y con lealtad. Un periodista tiene el deber de comunicar la verdad que comprueba. Todos estos deberes, como otros cientos que cada quien puede registrar, son tales en la medida en que quien falta a ellos afecta a otras personas. La afecta de manera directa, palpable. Los deberes son hacia otros, así como los derechos se demandan a otros. La infelicidad de una persona no afecta los derechos de otra. Quien no se siente feliz, quizá viva con tristeza, con dolor, con angustia, pero no falta a ningún deber porque a nadie hiere, lastima o priva, de manera taxativa, con su estado.

La pregunta en cuestión

¿QUÉ ES, entonces, la felicidad si no es un derecho ni un deber? Es una sensación, un estado del espíritu, una condición de la psiquis, el resultado emocional de un acto, de un hecho, de una situación, o de una serie de ellos, que puede definirse por la agudización de la conciencia, por el equilibrio de los sentidos, por la ampliación y la profundización de los lazos de conexión con los espacios interiores y con el mundo externo. Esta es apenas una definición, la que propongo en este momento. Pero cada persona puede apelar a la suya y, seguramente, será tan válida como ésta, ya que, en definitiva, sólo cada individuo sabe qué percibe cuando se siente feliz.

RESPONSABILIDAD Y FELICIDAD

Y debido a que la felicidad es un estado hasta tal punto intransferible, cada persona es responsable de alcanzarlo para sí. Cuanto más conciente alguien sea de sus elecciones, de sus decisiones, de sus acciones, y de las consecuencias, resultados, repercusiones y frutos que estos generan, estará creando condiciones aptas para alcanzar con mayor frecuencia (y con mayor conciencia) momentos y estados de felicidad. Sabrá que no son otros los responsables de su felicidad. Cuanto menos responsabilidad demuestre alguien acerca de sus actitudes en su vida y en sus relaciones, estará expuesto a más frecuentes instancias de frustración, de decepción, de conflicto, y su bajo nivel de auto conciencia lo llevará a creer que son los otros quienes provocan su infelicidad.

Observo una relación estrecha y directa entre felicidad y responsabilidad. Una persona responsable, que asume la conducción de su vida y respalda sus actos, estará menos pendiente de lo que otros le “deben”. Sabrá que su vida será, en esencia, el resultado de cómo eligió transitarla. Tendrá una menor inclinación a considerar sus esfuerzos o sus renunciamentos como atentados contra su derecho a la felicidad. De hecho, muchos actos de amor (amor de pareja, de amistad, religioso, maternal, fraternal, solidario) que son vistos por otros como sacrificios o sufrimientos, no son vividos de esa manera por sus protagonistas. Ellos pueden y suelen sentirse felices.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

Quien no se hace responsable de su vida tenderá a manifestar actitudes y a crear vínculos en los cuáles esperará que se le proporcione felicidad. Los irresponsables tropiezan más frecuentemente con la infelicidad y también provocan sufrimientos en otros.

Y si no es un derecho ni es un deber, ¿resulta posible la felicidad? Si no es ni un derecho ni un deber, tiendo a pensar que la felicidad es una construcción. No se trata de algo que nos está destinado desde que nacemos, algo que se nos prometió. Será el resultado, insistido, de una actitud existencial. Se la podrá alcanzar o no. Es responsabilidad de cada quien.

Tenemos, sí, el derecho a ser respetados, a ser tomados en cuenta, a ser escuchados, a ser vistos, a no ser depredados ni física, ni geográfica, ni psicológica ni espiritualmente. Tenemos el deber de escuchar al otro, de registrarlo, de tomarlo en cuenta, de mirarlo, de no arrasarlo ni física, ni geográfica ni psicológica ni espiritualmente. El respeto y cumplimiento de estos derechos y deberes crean condiciones para que más personas se sientan felices con más frecuencia y por más tiempo.

Quizá ésta sea la pregunta que las personas que salían eufóricas de aquel auditorio tendrían que hacerse: ¿estoy defendiendo este derecho en mis vínculos, en mi trabajo, en mi vida social, en mi contacto cotidiano con el mundo? ¿Estoy cumpliendo con este deber? Según las respuestas, algunos se sentirán felices y otros no.

RESPONSABILIDAD Y MADUREZ

EL APRENDIZAJE DE LA SABIDURÍA

Un matrimonio de amigos míos tiene un hijo de cinco años. Cierta día le prohibieron comer una golosina antes de su almuerzo, lo que provocó la santa ira del chiquitín. “Ustedes nunca me dejan hacer nada de lo que a mí me gusta”, exageró con el ceño fruncido, la voz atiplada y los ojos llorosos. Incluso fue más allá. Desenvainó una amenaza: “Me voy a ir de casa”. La mamá pregunto: “¿Ah, sí? ¿Y a dónde piensas irte?”. El muchachito dudó, emprendió la marcha hacia su cuarto y gritó: “¡No sé!”. Era una rabieta más, típica de la edad, hasta que un buen rato más tarde a los padres se les dio por llamarlo y él no respondió. Lo buscaron por toda la casa y no estaba. ¿Se había ido? Era la pregunta más temida. Buscaron la mochila y el muñeco preferido del niño. No estaban. ¡Se había ido! La angustia se derramó como el aceite. Hubo corridas, gritos, llamadas telefónicas. ¿A dónde podía ir con sólo cinco

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

años? Jamás, antes, había salido sólo de casa. Nacieron los reproches y auto reproches. ¿Cómo es que no habían prestado atención a lo que el chico hacía? ¿A quién se le ocurrió dejar la puerta sin llave? ¿Por qué se habían burlado de él? Fueron más allá: ¿qué era, después de todo, un chocolate antes de la comida? ¿No estaban siendo excesivamente rígidos con su educación?

Llamaron a la casa de todos los amigos de su hijo, buscaron en los hogares de todos los vecinos. La alteración cundió con la velocidad con que suelen hacerlo las malas noticias. Hasta que en un momento, cuando ya sólo quedaba llamar a la policía (el último, indeseable y postergado paso), por la misma puerta de calle, aún sin llave, entró el pequeño. No importa cuánto tiempo pasó. Para los padres fueron siglos. Su ceño seguía fruncido, dos mocos lechosos colgaban de su nariz, sostenía su muñeco con una mano, apretándolo contra su propio cuerpo, y arrastraba su mochila con la otra. Entre gritos, risas y lágrimas, sus padres y abuelos, que para el caso ya estaban allí, se arrojaron sobre él, lo estrujaron, lo levantaron por el aire, lo besaron. “¿Dónde estabas?”. El mocoso bajó la mirada y murmuró: “En la calle, ¿no les dije que me iba?”. El estupor crecía. “¿En la calle dónde? Te buscamos y no te vimos”. La voz de él seguía bajando sus decibeles: “Estaba en la esquina, fui hasta la esquina para cruzar la calle, yo me quería ir”. La siguiente pregunta sonó a coro: “¿Y?”. El los miró con fastidio: “¡Y no pude cru-

RESPONSABILIDAD Y MADUREZ

zar, no pude cruzar porque ustedes no me dejan, no me dejan cruzar la calle!”.

Cuando el protagonista tiene cinco años de edad una experiencia como ésta, resulta cómica y entrañable. ¿Pero que ocurre cuando se trata de personas adultas? Por supuesto, será muy difícil encontrar adultos que no crucen la calle porque sus padres no los dejan. Pero abundan aquellos que postergan proyectos, descartan prioridades, dejan de lado planes, abortan relaciones, ignoran necesidades, desoyen llamados, malogran potencialidades con excusas que, si bien formalmente no son las que mencionó nuestro pequeño héroe, tienen contenidos semejantes.

LÍMITES DE AFUERA Y DE ADENTRO

Así es posible detectar a hombres y mujeres que descartan trabajos, proyectos u oportunidades de desarrollo personal porque se topan con objeciones, reales o imaginarias, de sus cónyuges o parejas, personas que quieren independizarse de sus trabajos en relación de dependencia pero no lo hacen por temor a la reacción del empleador que los considera imprescindibles, adultos que no toman decisiones importantes para ellos por temor a la opinión de sus padres o de su familia de origen, mujeres que no compran ni el más simple artefacto para el hogar sin el permiso de sus maridos, hombres

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

que delegan en sus esposas la compra de sus propias camisas, suéteres o incluso ropa interior por miedo a elegir y recibir la reprobación de aquellas. Son sólo unos pocos prototipos de numerosas situaciones en las que las propias elecciones y decisiones son acotadas, impedidas o evitadas debido a que se teme no recibir la aprobación o el permiso de otro u otros a los cuales no sentimos subordinados. No se trata, en estos casos, de subordinaciones reales y naturales ni de acciones que podrían subvertirlas con consecuencias penosas. Son, en realidad, formas de vínculo en las cuales una persona se considera, se registra y se ubica a sí misma, en términos emocionales y psíquicos, por debajo del nivel, la capacidad, el gusto o el poder de otra u otras.

Si un niño de cinco años, como el hijo de mis amigos, siente que está incapacitado, por su edad y por su lugar en la relación, para transgredir los límites impuestos por sus padres, demuestra que tiene una percepción ajustada de la realidad. Esos límites han sido colocados allí para protegerlo, encauzarlo y ayudarlo a crecer (no discutimos aquí la calidad, la rigidez, la oportunidad o los contenidos de los límites, hablamos de su función).

Si un adulto no asume sus propias experiencias existenciales, desde las nimias hasta las trascendentales, por temor a la opinión, el juicio o la reacción de otro adulto, si sólo se conduce en el estrecho territorio no afectado por la posible, justa o injusta, fundamentada o arbitraria, racional o emocional, reacción de otro, y

RESPONSABILIDAD Y MADUREZ

si, además, culpa a esa reacción por su propia inacción, ese adulto pone en evidencia, más allá de lo que diga su fecha de nacimiento, su extrema inmadurez.

El niño no puede cruzar la calle por sí mismo apoyándose en el argumento de que conoce las consecuencias de ese acto y de que, por lo tanto, se hace cargo (se responsabiliza) por ellas. El adulto, en cambio, puede elegir de qué lado de los límites impuestos por la presencia, la opinión o la reacción emocional de otro se ubica. De hecho, siempre elegimos, todas nuestras acciones son producto de una elección. La inacción (optar por hacer nada, no intervenir, dejar que otro elija en mi nombre) no es más que una forma de acción y, al igual que los actos asumidos, tiene consecuencias en nosotros, en otros, en el ambiente que habitamos o compartimos. Y dado que siempre elegimos, es un gran paso adelante en nuestro proceso de crecimiento el hacer concientes, tanto como se pueda, esas elecciones.

¿Qué significa ser conciente de las elecciones? En primer lugar, tomar nota de la situación que se vive, darse cuenta de las opciones que la misma presenta. Registrar nuestro propio estado emocional ante la situación y sus opciones. ¿Estoy cómodo, tenso, entusiasmado? ¿Siento miedo, culpa, vergüenza? ¿Me provoca interés, tristeza, desazón? ¿Despierta mi imaginación, mi voluntad, mi esperanza? ¿Es causa de mi ira, de mi confusión, de mi dolor? En segundo término, se trata de explorar las opciones de acción que se abren ante mí en la situación determinada. Y de

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

evaluar las secuelas previsibles de cada acción posible. Aquí cabe la pregunta: ¿podré afrontar el desenlace o las derivaciones de la acción escogida? En estos casos, hay quienes creen que no, pero aún así siguen adelante y confían en que Dios, la suerte o el santo de su preferencia los ayude. Esto, hay que subrayarlo, es de por sí una elección y ni Dios, ni la suerte ni los santos son los responsables de las consecuencias.

EL LUGAR DE LA CONCIENCIA

Hacer elecciones concientes equivale, en fin, a sacar la propia vida del automatismo, involucrarse en ella, no ser un pasajero inmóvil de la misma, sino el conductor. Aprender a hacer este tipo de elecciones es parte esencial del proceso de madurar. ¿Todos maduramos? No necesariamente. Sí, todos envejecemos, agregamos años a nuestras vidas, pero no necesariamente maduramos. Suele decirse que los años no vienen solos, sugiriendo así que a veces traen achaques y muchas otras sabiduría. De la misma manera se sospecha que el Diablo sabe por Diablo pero más sabe por viejo. Todo esto, como si sumar años fuera sumar madurez. Esto daría una relación directa entre calendario y maduración. Nada más erróneo.

Hay, en cambio, una relación directa entre maduración, conciencia y responsabilidad. Esa relación está al

RESPONSABILIDAD Y MADUREZ

alcance de todos los seres humanos, pero no todos la experimentan. La conciencia creciente de nuestra vida y de sus circunstancias, nos lleva hacia un ejercicio progresivo de la responsabilidad. Y en esto consiste la maduración de un individuo, en desarrollar su conciencia y asumir su responsabilidad. Digo asumir; esto significa que la responsabilidad existe siempre y que asumirla es un paso hacia la maduración, hacia el desarrollo pleno de las propias potencialidades y valores.

¿Se pueden seguir siempre, para ampliar la conciencia, los pasos que mencioné en un párrafo anterior? ¿No propongo una organización excesiva de la conducta, un secuestro de la espontaneidad? ¿No pierde parte de su misterio la vida cuando es sometida a tanta lucidez? Tengo dos respuestas para estas preguntas. La primera nace en mi sospecha de que este tipo de interrogantes son motivados a menudo por el facilismo, por la tentación de la irresponsabilidad, por la inclinación a no posesionarse de la propia vida. Allí existirá siempre una brecha para descargar culpas a través de ella.

La segunda respuesta es taxativa. No se puede vivir cada acto de la vida con fidelidad absoluta a los lineamientos que propongo, es cierto. Pero no hablo de un cumplimiento literal, de la obediencia ciega a un dogma, ni de acciones automáticas que se cumplen ante cada hecho de la vida según un patrón rígido y único, sino de una actitud, de una predisposición, de un modo de pararse ante la existencia y ante los lazos que nos

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

vinculan con el mundo y con los otros. Puedo tener una conducta conciente o una inconciente. Una actitud responsable o negligente. Y esto, en sí, ya es una elección. En definitiva, la conciencia aumenta nuestro dominio sobre los propios recursos, amplía el conocimiento de nuestras posibilidades y limitaciones, como fruto de esto nos hace más autónomos, incrementa nuestra capacidad de optar y con ello el ejercicio de nuestra libertad. En este contexto la libertad se experimenta como la facultad de elegir nuestra respuesta a cualquier situación (aún aquellas en las que nuestros espacios y posibilidades están recortados). Ejercida así, la libertad nos hace maduros. Y responsables. La libertad que no reconoce límites aún donde los hay, es sólo un disfraz de la inmadurez, de la prepotencia o de la irresponsabilidad.

Una vez manifestada nuestra madurez, acaso comience a expresarse también nuestra sabiduría. No la de los libros, no la de recetas heredadas, escuchadas o creadas. La sabiduría de haber vivido, de haber estado presentes en los actos de nuestra experiencia, de no haber sido meros espectadores pasivos, la sabiduría extraída de los dolores padecidos, de las búsquedas emprendidas, de las mil y una muertes y mil un nacimientos (muchos de ellos imperceptibles, fugaces) que experimentamos en nuestra trayectoria vital. Una sabiduría humilde, generalmente silenciosa, que ni siquiera necesita anunciarse o vocear su nombre. Una sabiduría cuyos síntomas son la capacidad de ser com-

RESPONSABILIDAD Y MADUREZ

pasivos, de comprender, de aceptar, de celebrar, de recibir, de acompañar y, sobre todo, de no participar en ninguna loca carrera cuyo absurdo propósito sea saltarse las etapas de la vida ni, mucho menos, huirle a la etapa final.

Cuando tenemos cinco años, alguien que nos ama nos hace parte de su responsabilidad. Cuando maduramos, no sólo asumimos la responsabilidad de nuestra vida, también nos hacemos responsables ante quienes amamos. Si no es así, aunque nos veamos muy viejos o muy diablos seremos, simplemente, inmaduros e irresponsables.

RESPONSABILIDAD Y PERDÓN

ERRAR ES HUMANO, REPARAR TAMBIÉN

Errar es humano, perdonar es divino. Sabe Dios, desde cuándo circula esta máxima por el mundo. Y sabe Él, y nadie más, cuántos humanos se han escudado detrás de ella para echar tierra sobre sus errores, calamidades, negligencias y crímenes. Errar es humano, perdonar es divino. Basta con detenerse y leer con atención esas palabras, basta con dejar asomar de un modo pausado y conciente su contenido, para descubrir hasta qué punto atenta contra la responsabilidad, de qué modo la aniquila.

Pocas palabras han tenido tanto marketing en los últimos tiempos como la palabra perdón. Y a pocas se las ha vaciado a tal punto de contenido. No hace mucho, en una mañana de primavera y en la plaza habitual, yo cumplía mi caminata diaria, a buen ritmo y con mucha concentración. Ya me había cruzado varias veces con una mujer joven que conducía su bicicleta en

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

dirección opuesta a la que yo llevaba. Yo iba por la senda peatonal. Ella también. En un momento vi que, una vez más, nos aproximábamos. Continué mi marcha y ella la propia, sólo que su bicicleta venía directamente hacia mí y a una velocidad que superaba la de un simple paseo. Pensé que iba a apartarse. Me pregunté cuándo lo haría, porque era obvio que llevábamos rumbos de colisión inminente. Pues bien, no desvió su marcha y, en el último instante, salvé mi integridad gracias a un salto casi olímpico. Cuando le recriminé su acción, su respuesta fue: “Es que creí que usted se iba a apartar”. Esto lejos de calmarme me enervó. “¿Yo debía apartarme?”, le pregunté. “Yo vengo caminando por la senda peatonal. O sea, ando por donde me corresponde. Vienes por donde no debes y a una velocidad imprudente, ¿y soy yo quien tiene que apartarse?”. Me miró como si no entendiera mi argumento, hizo un gesto de fastidio y, con resignación, farfulló: “Bueno, está bien, perdón”. Quizá era una oportunidad para sentirme divino, pero la dejé pasar. “¿Perdón y ya está?”, continué. “Yo creo que lo mínimo que debieras hacer es bajar con tu bicicleta a la calle, pedalear por donde te corresponde y dejar de amenazar a los peatones”. Ahora me miró desafiante: “Ya le pedí perdón, casi gritó, ¿qué más quiere?”. Respondí: “Quiero que dejes de andar en bicicleta por esta senda, quiero que respetes mi derecho a caminar sin ser atropellado. Quiero que andes por la calle, no por la vereda”. Montó su bicicleta con muestras de estar ofen-

RESPONSABILIDAD Y PERDÓN

dida, dijo “Yo ya pedí perdón”, arrancó y se fue. En la vuelta siguiente, y en las demás, continué cruzándome con ella por la vereda.

Así es como suele usarse, en una abrumadora mayoría de casos, la palabra perdón en nuestros días y en nuestra cultura. Como una especie de rayo mágico que debería paralizar al ofendido, enmudecerlo, mientras el ofensor se evapora o mejora su imagen. Pareciera que ante la simple mención de las seis portentosas letras (*p-e-r-d-ó-n*), toda ofensa, dolor, herida, decepción, humillación o maltrato debiera ser olvidado de inmediato. Con frecuencia solemos ver cómo, cuando no ocurre así, el ofensor se transforma en ofendido. “Ya pedí perdón, ¿qué más quieres de mí?”. He aquí un curioso y muy repetido fenómeno de transferencia de responsabilidad, o de inversión de roles, en el cual el ofendido, con su perdón automático e inmediato, debe satisfacer al ofensor, so pena de quedar él como causante de la persistencia del problema. De pronto, el ofensor se escuda en su condición de humano falible (ésta es su virtud) y el ofendido demuestra carecer de condición divina (ése es su defecto).

Situaciones de este tipo se producen en las relaciones de pareja, en los vínculos de padres e hijos, entre amigos, entre socios y en casi todo el ancho escenario de las relaciones interpersonales. Y no hacen más que exponer un modo sutil y engañoso de evadir responsabilidades. Si la palabra perdón se convirtiera, con su sola mención, en el mágico *arréglalotodo* que cierra heridas,

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

clausura ofensas, elimina dolores y, sobre todo, logra que lo que ocurrió no haya ocurrido, podríamos andar alegremente por la vida lastimando, ofendiendo y humillando a nuestros prójimos sin mayores preocupaciones, consecuencias ulteriores ni cargos de conciencia. La palabra perdón, aplicada sin raíces ni fundamentos, facilita la existencia de un mundo en el que los individuos no se hacen cargo de las consecuencias de sus actos, no porque éstos no las tengan, sino porque aquellas son sorteadas con una sola palabra de seis letras.

CONJUGACIÓN DEL PERDÓN

¿Debemos aceptar, entonces, que una vez cometida una falta o una ofensa no queda reparación posible, ya que el vocablo perdón parece insuficiente?

La misma pregunta contiene la respuesta. Como amor, como sinceridad, como honestidad, como amistad, como compromiso y como tantas otras, la palabra perdón deja de ser una simple suma de letras y se carga de significado y trascendencia cuando se acompaña de actos, cuando incluye verbos. Para pedir perdón sólo se necesita la boca, para reparar el daño, la herida, la humillación o la ofensa se requiere una acción reparadora preñada de presencia y compromiso.

Cuando cobramos conciencia de lo que nuestra acción provocó en otro u otros, y advertimos que esos

RESPONSABILIDAD Y PERDÓN

efectos han inferido un daño que estaba más allá de nuestra intención o de nuestros cálculos, siempre está abierta la posibilidad de la reparación. A la palabra perdón le puede seguir, entonces, el acto reparador, que le dará consistencia y contenido, o puede ser pronunciada después de ese acto con iguales resultados. Cuando se ejecuta una acción reparadora hasta puede ocurrir, y ocurre, que la palabra perdón no necesite ser siquiera expresada. Se ha convertido en un verbo. Ha sido conjugada. *Yo reparo, tú perdonas.*

Queda claro que quien pide perdón al hacerlo no da por concluido un episodio desafortunado, sino que abre el momento más importante y trascendente de ese episodio. Cuando quien pronuncia la palabra perdón lo hace como un acto de responsabilidad, está anunciando su disposición a cumplir una acción reparadora. *Pero no será restaurador o sanador lo que él considere como tal, sino aquello que la persona herida u ofendida perciba como un hecho que remedia el daño.* Lo contrario sería, una vez más, desconsiderar al lastimado y dar preferencia al ofensor.

En mi opinión, la mejor manera de transmitir la intención de restañar la herida se sintetiza en una simple y poderosa pregunta: “¿Qué puedo hacer para reparar, el daño, la ofensa o el dolor que te causé?”. Nos lleva a la fuente. Nadie conoce mejor que el herido las acciones que mitigan su dolor. Y podremos encontrarnos con que la acción requerida es más simple y pequeña de lo que imaginábamos (lo cual no la hace menos repa-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

radora). O acaso se trate de algo que no está a nuestro alcance, en cuyo caso siempre queda abierta la línea del diálogo hasta encontrar una acción, un gesto, una palabra que sea reparadora para el ofendido y también para el ofensor.

Hay vínculos que gracias a esta dinámica alcanzan, luego de un daño y su reparación, un grado mayor de intensidad, de profundidad y de trascendencia. Hay relaciones que, gracias a un episodio resuelto de esta manera, se cargan de sentido y fecundidad. Porque, una vez más, de lo que hablamos aquí es de la importancia del otro en nuestras vidas, del respeto por él, del valor de las diferencias y de cómo éstas contribuyen a crear vínculos y a enriquecerlos. Muchos vínculos sanan a partir de un daño y de su reparación. Y como decía Viktor Frankl, maestro en la comprensión de la esencia humana, cuando sanas un vínculo sanas a las personas que lo integran. Reparar es sanar el vínculo. Un perdón pedido sin fundamentos y sin responsabilidad, ahonda la herida hasta profundidades irreversibles.

A pesar de todo lo escrito hasta aquí, conviene recordar que no estamos hablando de una fórmula automática. Hay quienes creen que el sólo hecho de pedir perdón los hace acreedores al mismo. Nada más irresponsable que esa creencia. Sin embargo, tampoco la intención de reparar es mágica. No siempre el ofensor encontrará en el ofendido la recepción a su propuesta reparadora. En ese caso nada puede hacer, salvo sentirse en paz, dentro de lo posible, por su propio actitud y

RESPONSABILIDAD Y PERDÓN

dejar en claro que la disposición compensatoria está siempre abierta. También puede encontrarse con un ofendido que manipula su posibilidad de recibir una reparación hasta el punto de convertirla en una herramienta de poder sobre el ofensor. “El precio que te haré pagar será tan alto, que quedarás en mis manos”. Esto también es posible en el complejo entramado de las relaciones humanas. Y las empobrece, las desvirtúa. Lo que las enaltece, aquello que las carga de sentido es el respeto por el otro.

Ofrecerse a reparar el daño que uno causó, es una muestra de respeto. Y de responsabilidad. No valerse de la condición de ofendido para manipular ni humillar al ofensor es, también una prueba de que el otro es tenido en cuenta. La responsabilidad es siempre una autopista de dos vías. Por esto conviene descreer de las frases hechas y advertir que, en verdad, tanto errar como perdonar son cuestiones humanas y que una experiencia responsable de esa secuencia contribuye a engrandecer y dar trascendencia a nuestras vidas.

RESPONSABILIDAD Y AMOR

CONCIENCIA PARA EL CORAZÓN
HAMBRIENTO

Es mágico. Es ciego. Es todopoderoso. Es brujo. Es loco. Es tirano. Es sagrado. Es impredecible. Lo rige el destino. Es obra de los dioses. Es misterioso. Es caprichoso. Es eterno. Es irracional. Del amor se ha dicho y se dice esto, se ha dicho y se dirá mucho más. Casi todo lo que se le atribuye tiene que ver con lo ingobernable, con lo azaroso, con el arrebató emocional. Los seres humanos nos hemos empeñado desde hace siglos, en especial desde el racionalismo que esperaba a la salida de la Edad Media, en dominar todos los enigmas del mundo que habitamos. Hasta hubo quien propuso, como Francis Bacon (el filósofo inglés que en el siglo XVII sentó las bases del empirismo) que a la Naturaleza se la torturara hasta sacarle todos sus secretos. Vivimos, como nunca, atormentados por la necesidad de saberlo de todo, por la urgencia de la seguridad y de

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

la certeza. Somos presa fácil de quien se proponga darnos (quiero decir imponernos, vendernos, inyectarnos) respuestas que eliminen la incertidumbre, el temor, la imposibilidad. Hemos construido, a costos altísimos en materia de armonía existencial, de satisfacción, de salud mental y espiritual, una civilización marcada por el racionalismo, el pragmatismo, el materialismo. Y en medio de todo esto sólo algo quedó librado al azar y a la superstición: el amor.

No nos permitimos la intuición ni la magia ni la incertidumbre ni una pizca de irracionalidad en los negocios, ni en la política, ni en las transacciones de todo tipo en las que nos vemos involucrados. Hacemos y re-hacemos cálculos para controlar lo imprevisible, para anticiparnos a los imponderables. Exprimimos a nuestra razón para que nos de explicaciones y fundamentos de todo lo que acontece y para que nos prevenga de lo que pudiera ocurrirnos en el futuro. Pero expulsamos a la razón y ponemos en fuga a la conciencia cuando merodean el espacio del amor. No las queremos allí. Del amor sólo pedimos magia, locura, adrenalina, ceguera. Hay agnósticos que se vuelven creyentes en el altar del amor. Hay científicos a ultranzas, que sólo creen en lo que ven, hasta que, en cuestiones de amor, se vuelven nigromantes. Hay quienes creen a pie juntillas que todos los logros son producto del esfuerzo, de la constancia, del trabajo, pero cuando oyen hablar de “tareas amorosas” ponen un indignado grito en el cielo. Hay quienes no arriesgan un centavo en la lote-

RESPONSABILIDAD Y AMOR

ría, pero sufren repetidas bancarrotas emocionales debido a que hacen que amor y azar sean sinónimos.

UNA DEUDA AMOROSA

Vivimos una vida en la que, como bien decía el lúcido filósofo y orientalista Alan Watts, “la lógica, la inteligencia y la razón están satisfechas, pero el corazón está hambriento”. Hemos creado la ilusión de un mundo racional y explicable, pero sufrimos por amor, abunda la insatisfacción sentimental, los desencuentros afectivos, la persistencia en modelos vinculares que nos dejan vacíos o nos enferman. Nos hemos declarado en *default* en cuanto a la responsabilidad amorosa.

Si el amor es ciego, brujo, loco, irracional y todas esas cosas, si una media naranja (o alma gemela, o simplemente, “gran amor”) nos está reservada y sólo se trata de que el destino haga lo suyo, si cuando estamos en pareja con alguien nos basta cualquier crisis para pensar en renunciar, si cuando el otro no está hecho a imagen y semejanza de nuestras fantasías sentimos que se acabó el encantamiento, y si podemos cambiar de pareja porque alguien se cruzó y nos enamoramos y contra el destino nadie la talla, ¿qué rendija le queda a la responsabilidad para instalarse en nuestro vínculo?

Si la responsabilidad se manifiesta como nuestra capacidad de hacernos cargo de nuestros actos y respon-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

der ante sus consecuencias, pocas cosas están más alejadas de ella que la concepción amorosa que, hegemónicamente, nos rige. El amor loco, ciego, brujo y mágico es irresponsable. Quienes apuestan a amar así, se declaran objetos de una fuerza ajena a ellos, capaz de dominarlos y de incapacitarlos para ser actores de sus elecciones, de sus decisiones, de sus acciones. Los protagonistas de las grandes leyendas amorosas de nuestra cultura (ahí están *Romeo y Julieta*, *La forza dell destino*, *Casablanca*, *Titanic*, *Los puentes de Madison* y centenares de hombres y mujeres sufrientes) no son seres felices. Aunque lucen como marionetas de oscuros designios, nos empeñamos en ser como ellos, convencidos de que sufrir es amar. Y en verdad, sufrir es sólo sufrir.

El amor no genera dolor, no lastima, el amor sana, repara, potencia, fecunda, crea, confirma, valoriza, nutre al corazón hambriento del que hablaba Watts. Y no lo hace por azar, ni por magia, ni por ceguera, ni por capricho ni por carencia de razón. Todo lo contrario. El amor es una construcción que necesita de dos para ser posible. No existe en abstracto, no precede a quienes lo perciben, no es algo que tenemos preadjudicado y sólo debemos reclamar. La energía amorosa capaz de hacer que dos personas se acepten y se reciban diferentes y que construyan, a partir de su sagrada unicidad, un espacio común y trascendente, que los suma y los integra, pero que es más que ellos mismos, necesita alimentarse de la responsabilidad y de la conciencia.

RESPONSABILIDAD Y AMOR

Esta no es una afirmación caprichosa. El amor no convierte a nadie en objeto del destino. Toda relación de amor es una relación entre sujetos. Un sujeto es alguien que ha tenido acceso a la conciencia. La conciencia nos permite percibirnos y descubrirnos diferentes y únicos, nos da el registro de nuestra singularidad. No podríamos ser diferentes ni singulares si no existieran los otros. Cada uno de nosotros es único, diferente y singular porque existen los otros. Al darnos cuenta de esa existencia y de lo que ella significa para que cada uno de nosotros sea el que es, podemos valorar al otro. Somos uno entre otros y existimos vinculados a él, a ellos. Solo, cada uno de nosotros es nada. En un mundo sin otros, ni siquiera tendríamos nombre (no sería necesario, nadie nos nombraría) y careceríamos de identidad. La identidad es fruto de una vida gregaria. Por esto nada duele tanto como la exclusión, la indiferencia o el ser ignorado. Tener conciencia de mí es tener conciencia de ti. Yo y Tú son vocablos y conceptos que no pueden existir separados. Todo lo que hago, por lo tanto, repercutirá en otro, en otros, y en mi modo de estar en el mundo junto a él o ellos.

El amor es el vínculo más profundo, más trascendente, más sublime que une a las personas. No es ciego, ni loco, ni brujo. El amor es amor a alguien, a quien está conmigo. Lo veo. Cada una de mis acciones lo afectan. Cada uno de sus actos me conciernen. Es así en los acuerdos y en las discordias, en las convergencias y en las diferencias. Somos sujetos, somos con-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

cientes, la conciencia nos hace responsables. El vínculo que construyamos será fruto de esas simientes, no del azar. La conciencia se amplía y se profundiza, se expande, pero no duerme. Somos nuestra conciencia. La conciencia es el yo que se percibe a sí mismo. La responsabilidad no se elige ni se descarta. Somos responsables siempre, lo somos aun de nuestra irresponsabilidad. Y cuando pensamos que el amor es algo que nos ocurre, un regalo que se nos da, un embrujo que nos envuelve, una magia que nos alcanza, una gracia que nos toca, estamos dejando de lado nuestra responsabilidad. Eso es un acto. Y tendrá consecuencias.

MATERIALES E INSTRUMENTOS

¿Qué significa que el amor se construye? Justamente, que no es fruto del azar. Que se va armando a partir de cierta materia prima (los amantes, sus diferencias, sus recursos emocionales, sus mapas existenciales) y de ciertos instrumentos. Ojos, oídos, mente y corazón son herramientas esenciales. Ojos para no dar nunca al otro por mirado, para volverlo a ver cada vez como si recién apareciera en el campo visual. Todos los seres vivos estamos en transformación constante, no *somos*, estamos *siendo*. No se nos verá igual dos veces. Dar al otro por visto es dejar de mirarlo.

RESPONSABILIDAD Y AMOR

Los oídos permiten escuchar, sin darlo por escuchado. Siempre podemos decir, y decimos, algo nuevo, siempre podemos decir lo mismo de otra manera, con otra carga, con otra modulación, con un nuevo significado. Darlo por oído, prestar la oreja en lugar de ofrecer una escucha receptiva, es empezar a estar lejos, empezar a cerrar los canales de la comunicación, que son arterias femorales del amor.

La mente es una herramienta que permite construir preguntas y explorar respuestas en torno del vínculo, en torno del otro, en torno de mí mismo y de mi modo de estar en la relación, en torno de mis necesidades y ofrecimientos, de mis razones para seguir en el vínculo. La mente es instrumento de la conciencia.

Y el corazón, por fin, debe estar abierto para poder mantener activo el canal emocional, para no dar al otro por sentido, para actualizar, en el día a día de la relación, los sentimientos que el otro provoca en mí, la savia afectiva que nos une. El corazón activo permite que volvamos a tocarnos, a reconocer nuestras texturas y volúmenes, que podamos saber cómo necesitamos ser amados, para pedirlo, y como necesita ser amado el otro, para ofrecérselo.

Nada de esto corresponde al territorio de la magia, del azar, de la sinrazón, del destino ni, mucho menos, del capricho de un niño inmaduro, como Cupido. El amor responsable es un amor conciente. Quizá nuestros corazones estarán menos hambrientos cuando dejemos que la magia, que lo inesperado, que lo

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

misterioso, circulen más por el mundo desangelado que hemos creado (ese mundo de cifras, cálculos, ecuaciones, resultados, acumulaciones materiales, pragmatismo desalmado, tecnología y cientificismo sin ética) y la conciencia y la razón impregnen nuestras relaciones de amor. El amor sólo es posible con el otro. De la manera en que construimos el amor construimos todos nuestros vínculos. Y así construimos el mundo. Y así vivimos en él.

RESPONSABILIDAD Y TIEMPO

EL ALMA NO USA RELOJ

AL QUE madruga Dios lo ayuda. Estoy de acuerdo. Dios pone ante él algunos de las más bellas manifestaciones de la Naturaleza, como el amanecer, el Sol naciente, el pasto humedecido por el rocío, las siluetas azuladas de las montañas, el verde grisáceo del mar, la sutil despedida de la Luna. Al que madruga Dios le ofrece el canto de los pájaros, las voces todavía cristalinas y frescas de las primeras conversaciones, los ladridos y cacareos lejanos, a veces el repiqueteo leve de una llovizna o, sólo eso, un silencio diáfano, que acaricia. Al que madruga Dios le sirve un aire fresco, que se ha renovado durante la noche, y roza sedoso el cabello y la piel, bendiciéndolos para el día.

No por mucho madrugar se amanece más temprano. Estoy, otra vez, de acuerdo. Dios, la Naturaleza, la Creación o quien fuere, no tienen el propósito explícito de ayudar al madrugador. Simplemente hacen su ta-

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

rea y el madrugador se encuentra con ella. Por otro lado, el que no madruga amanece en su tiempo, acaso después de haber recorrido hasta el final el camino de un sueño reparador o revelador, quizá pleno de energía, en armonía consigo gracias al descanso experimentado. El que no madruga amanece, es así, en su tiempo

El que madruga no gana tiempo, el que duerme no lo pierde. Porque el tiempo ni se gana ni se pierde. El tiempo, tal como lo conocemos y lo incorporamos a nuestra vida, el de los calendarios y los relojes, no existe. Es una convención, una creación de los humanos, y, a esta altura del siglo XXI, nos ha dejado atrapados en ella. Lo que nació para ordenar nuestra vida y nuestro devenir acabó por convertirse en una trampa. Al crear el tiempo creamos, también, la angustia. Inventamos algo que no podemos controlar ni orientar, que sigue su ritmo. Primero creamos el tiempo, luego nos dimos cuenta de que éste no sólo pone principio y fin a nuestras actividades, que genera plazos y ciclos, que ubica a los acontecimientos sobre una línea recta, sino que determina, también, nuestro propio fin y principio. Dice cuándo empieza y, sobre todo, cuándo termina nuestra vida física.

Al crear el tiempo cronológico, al inventar sus medidas (segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, años, décadas, siglos, milenios) nos hicimos conscientes de nuestra breve y limitada presencia física en el mundo. Como han dicho poetas y filósofos,

RESPONSABILIDAD Y TIEMPO

como citan los libros sagrados de las diversas religiones, la vida de una persona es apenas un parpadeo, una fugaz línea de luz en una oscuridad infinita que la precede y la sucede. El tiempo, nuestra creación, nos hace conscientes de eso. El tiempo es nuestra creación, porque tanto la nada que precede, como la que sucede, son expresiones de la eternidad. No hay tiempo en la eternidad.

UN PARPADEO EN LA ETERNIDAD

Aunque no lo digamos, aunque evitemos hablar sobre esto, aunque huyamos del tema, aunque lo sepultemos en el último rincón de nuestra conciencia, sobre este mantel se sirve el menú de nuestra vida. Está allí. Cruel ironía, está allí durante todo el tiempo. Creamos algo que dura para siempre y, al crearlo, nos hicimos conscientes de nuestra finitud. Si la vida es sólo eso, un parpadeo en la nada, ¿cómo vivirla sin angustia? Cada segundo es un segundo menos. Ningún placer atenúa la desesperante certeza de que el tiempo no se detiene. Ninguna riqueza alcanza. Ningún poder. Y, sin embargo, como el hamster que corre en la rueda, seguimos galopando, desahuciados, con la ilusión de ganarle la partida a nuestra criatura. Nos proponemos ganar tiempo, no perder tiempo, hacer tiempo, ahorrar tiempo. No lograremos, nunca, nada de eso. Es imposible.

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

Es imposible. ¿Pero qué ocurriría si no lo fuera? ¿Para qué ganaríamos o ahorraríamos tiempo? ¿Para hacer más cosas, para tener más, para disfrutar más, para ir a más lugares, para trabajar más? “Para vivir”, contesta alguien a mi lado. ¿Pero si necesitamos ganar, ahorrar, aprovechar, conservar o detener el tiempo para sentir que vivimos, significa que no estamos vivos? ¿O no nos satisface el modo en que vivimos? Si nos sentimos conformes, ¿para qué salirnos de ese momento de satisfacción, el presente, el único cierto, y correr detrás de algo abstracto? ¿Y si no estamos plenos, no será que a nuestra vida no le falta tiempo sino sentido, trascendencia? De esto habla, creo, el filósofo Jacob Needleman en su bello libro *El tiempo y el alma* cuando dice: “La experiencia del tiempo depende por completo de en qué grado uno es consciente de la verdad o persigue una mentira. ¡Es por culpa de nuestras mentiras y autoengaños que el tiempo nos devora!”.

En términos simples esto quiere decir que mientras nuestra vida no tenga un sentido que vaya, valga el juego de palabras, más allá de los sentidos, sentiremos que se nos escapa. Mientras no dejemos entrar en ella el espíritu (no la falsa espiritualidad que se basa en recetas y dogmas), mientras no la pongamos en una sintonía amorosa con el otro, con el prójimo, con quien como nosotros experimenta su propio parpadeo en la eternidad, esa vida estará atravesada por la angustia que chorrea de los calendarios y de los relojes. Será una vida azotada por plazos y vencimientos,

RESPONSABILIDAD Y TIEMPO

por fechas y horas, por urgencias y emplazamientos, por metas efímeras y logros ilusorios y fugaces. Lo que Needleman nos recuerda es que aquellas existencias en las que se confunde tener con ser, producir con existir, poder con acumular, orden con armonía, posesión con amor, silenciamiento con silencio, pensamiento con sentimiento, ego con alma, estarán construidas sobre cimientos falsos. Esos cimientos estarán hundidos en la ciénaga de la insatisfacción, de la inquietud, de la ansiedad.

EL DESEO QUE DUELE

La ansiedad es ese estado del ser, originado en la mente, que impide reposar o desapegarse, que nos mantiene en la dolorosa espera de algo que nunca alcanza a definirse. La ansiedad, un mal defensor de nuestros tiempos, es la madre de la depresión. La depresión, a su vez, es el cese del deseo. Cuando desear sin saber qué o para qué, sin saber conectarse con la materia trascendente de ese deseo, se convierte en una experiencia frustrante y dolorosa, la depresión es el mecanismo que se activa para detener ese dolor. Aun así, no da respuesta a la pregunta que está detrás de la ansiedad: ¿para qué hago lo que hago? ¿Qué podría darle a mi vida un sentido que me permita advertir por qué es única y necesaria y por qué, más allá de la longitud que le

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

asigne el calendario, será eterna? Nadie puede responder por mí a estos interrogantes. Y acaso no hayan, no ha habido y no habrá dos respuestas iguales. Porque no existen, no existieron y no existirán dos personas iguales (más allá de las patéticas fantasías paranoicas de los clonadores).

Cuanto más postergamos estas respuestas, cuanto más evitamos iniciar la exploración interior y, al mismo tiempo, la conexión con el prójimo que ellas nos proponen, más prisioneros seremos de la trampa del tiempo, más objetos de la ansiedad. De nada valdrán las falsas puertas de escape, se llamen lifting, botox, siliconas, bisturí, gimnasio, coche, computadora, celular o plasma de última generación; a ninguna parte conducen, aunque se llamen jugosas cuentas bancarias (que no compran tiempo) o lugares de poder (que no pueden con el tiempo).

La vida de cada uno de nosotros, por breve que sea o nos lo parezca, tiene un sentido y de cada uno de nosotros depende desentrañarlo. Nadie más puede hacerlo. No es un sentido secreto, no se trata de un juego de adivinanza, no es, tampoco, un enigma. Creo que, de la forma en que elijamos vivirla, depende que podamos entender el sagrado misterio de ese sentido. Y también puede ocurrir que, en definitiva, nunca lo sepamos y acabemos nuestro parpadeo en la ignorancia. En todo caso hay una cuestión de actitud que define nuestro modo de estar y sentirnos en el mundo. Una

RESPONSABILIDAD Y TIEMPO

actitud es la de explorar ese misterio. Otra es la de huir de él. La médica Elisabeth Kübler Ross, uno de los seres que con más amor y sabiduría incursionó en estas cuestiones, lo decía así: “Durante toda la vida se nos ofrecen pistas que nos recuerdan la dirección que debemos seguir. Si no prestamos atención acabaremos en una vida desgraciada. Si ponemos atención, aprendemos las lecciones y llevamos una vida plena que incluye una buena muerte”.

DONDE CALLA EL TIC TAC

EN ESTE punto es donde encuentro la ligazón entre tiempo y responsabilidad. En nuestros múltiples e infructuosos esfuerzos por escapar de la trampa del tiempo, solemos tomar actitudes, tanto individuales como colectivas, que tienen consecuencias negativas para nosotros, para las personas que queremos, para el entorno, para el mundo físico y social que habitamos y compartimos. Así como hay quien, para ganar tiempo, excede las velocidades máximas, cruza las luces rojas, provoca accidentes, mata o hiere, se mata o se hiere, destruye y se destruye, así provocamos otros accidentes (a veces en nuestros vínculos, a veces en nuestras familias, a veces en nuestros ámbitos laborales o sociales, a veces en nuestras parejas, a veces en nuestros

ELOGIO DE LA RESPONSABILIDAD

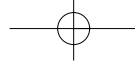
sueños, a veces en nuestros cuerpos) producto de ese mismo mecanismo. Hay quienes para ganar tiempo pierden sus vidas o destruyen las de otros.

Ocurre en el tránsito callejero y ocurre en el tránsito vincular. Como en tantos otros aspectos, aquí tampoco hay culpas. Sólo responsabilidad. Se trata de hacerse cargo, de asumir las consecuencias, de responder por ellas. Responder significa, con frecuencia, reparar. Reparar es una de las más delicadas, sensibles y profundas experiencias humanas. Reparar es, ante todo, reparar *en* el otro, en aquel a quien afecté. Sólo si reparo en él, si descubro quién es, si registro su sentimiento, podré reparar. A veces, eso mismo debo hacer conmigo. Reparar en mí para repararme. Estas experiencias son difíciles, cuando no imposibles, para quien corre enloquecido por la carretera del tiempo, ansioso por ganarlo, ahorrarlo, adelantarlo, retrasarlo o no perderlo.

Sólo la Verdad conquista al tiempo, dice nuestro amigo Needleman, porque la Verdad es eterna. Y la Verdad de cada vida es única. Sólo yo puedo descubrir la razón y el sentido de mi parpadeo en la eternidad. Sólo tú puedes descubrir los del tuyo. Somos responsables de esto. Es una responsabilidad que debemos asumir sin calendarios y sin relojes. Porque llegar a ese punto esencial es, en definitiva, acceder al contacto con nuestra alma. No podemos ponerle un plazo a la búsqueda de ese encuentro, ni una duración a su expe-

RESPONSABILIDAD Y TIEMPO

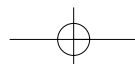
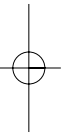
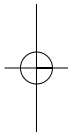
riencia. Cuando nos abocamos a esta tarea, según mi propia vivencia, nos envuelve un maravilloso silencio en el que no se escucha el menor tic tac. En un solo segundo de ese silencio, cabe la eternidad.

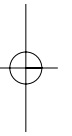
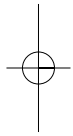
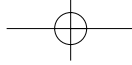


PUNTO DE ENCUENTRO

El autor invita a los lectores que lo deseen a expresar sus sentimientos y opiniones, sus propias reflexiones, así como a formular las preguntas e inquietudes surgidas de la lectura de este libro.

sergio@sergiosinay.com
www.sergiosinay.com





COLOFON

